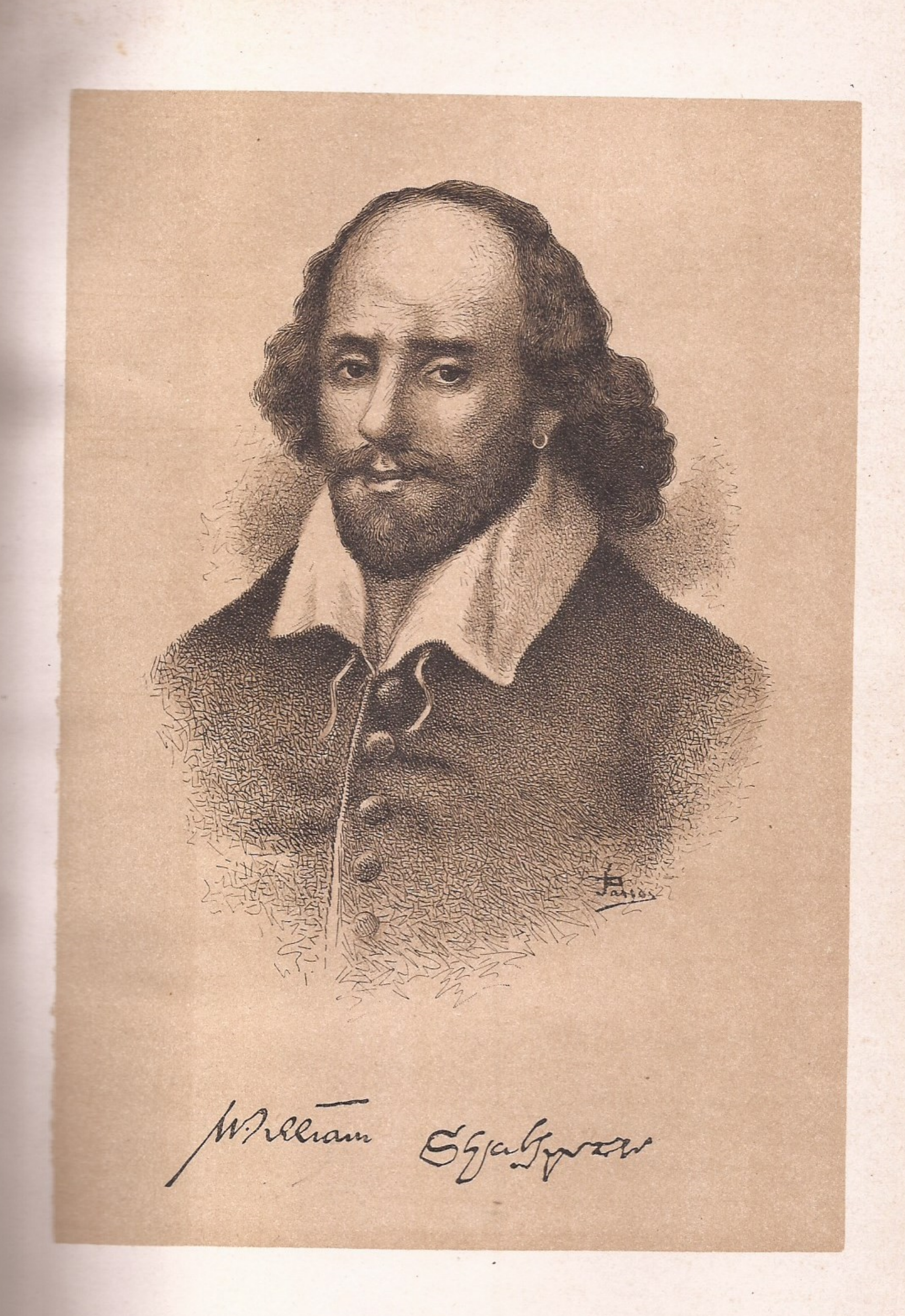
# OBRAS COMPLETAS
DE
# SHAKESPEARE

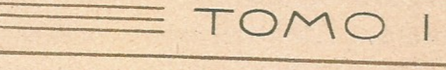


# OBRAS COMPLETAS DE





# SHAKESPEARE



Traducidas directamente del inglés, anotadas y comentadas por CIPRIANO MONTOLIU

TOMO I



## TRAGEDIAS



EDICIÓN RICAMENTE ILUSTRADA POR JOSÉ PASSOS



BARCELONA
Centro Editorial Artístico
de MIGUEL SEGUÍ
Rambla de Cataluña, 125

*Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí. — Rambla de Cataluña, 125*

# TITO ANDRÓNICO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

# NOTA PRELIMINAR

Esta tragedia pertenece al grupo de las piezas teatrales en las que se discute la paternidad de Shakespeare, llegando en ésta algunos eminentes críticos, como Furnival, á negarla en absoluto; pues aunque TITO ANDRÓNICO figura en el Folio de 1623, y su nombre consta, por añadidura, en la lista de las obras de Shakespeare que inserta Meres en su *Palladis Tamia* (1598), los caracteres de evidencia interna del texto permiten, cuando menos, considerar como dudosos tales testimonios. El examen de la obra, efectivamente, pone de manifiesto su relativa inferioridad, tanto en el estilo como en el tratamiento, como en el tono general de la misma, con respecto al resto de la producción shakespeariana, aunque un estudio detallado encuentra en ella muchos pasajes perfectamente caracterizados como auténticos de Shakespeare; por lo que, tomando en cuenta las diversas opiniones manifestadas, puede concluirse que, ó bien se trata de una obra prematura, uno de los primeros ensayos del gran dramaturgo, fuertemente influido por el estilo de sus compañeros en el arte escénico, particularmente Greene y Marlowe, ó bien de una obra hecha en colaboración con ellos, si tal vez no fuese una refundición que hicieran todos juntos de alguna popular pieza anterior.

Contribuyen á corroborar esta última alternativa los vestigios que existen de otros dramas antiguos sobre el mismo tema, como son, el titulado *Titus and Vespasia* que menciona Henslowe como representado en 1591 y una perdida edición en cuarto de TITO ANDRÓNICO registrada en 1593, de los cuales procedería probablemente la balada *A Noble Roman History of Titus Andronicus*, registrada en el mismo año é incorporada más tarde en las «Reliquias» de Percy, que tiempo atrás se señaló como una fuente de la tragedia. Aquellas son, pues, por el contrario, las únicas fuentes probables de la tragedia shakespeariana de que se tenga noticia cierta, ya que, en cuanto á datos históricos, brillan éstos por su ausencia. Caso singular el de este tema, cuya popularidad en el siglo XVI parece confirmada, sin que con todo aparezca por ningún lado el origen del relato; puesto que, como dice Theobald, si bien el nombre de Andrónico es de procedencia griega, ni Amiano Marcelino ni autor clásico alguno mencionan el de Tamora, ni tuvo Roma en tiempo de los emperadores ninguna guerra con los godos que se sepa, lo cual no ocurrió hasta después de la traslación del imperio á Bizancio, no siendo esto obstáculo para que la escena del drama se fije en Roma, donde Saturnino es elegido emperador ante el Capitolio.

En lo que la pieza tenga de labor shakespeariana, las mismas dificultades ocurren para fijar la fecha de su composición. Para ello, además de los precedentes anteriormente indicados, pónese á contribución una cita de Ben Jonson que, de ser exacta, la haría remontar á una época anterior á 1589, si es que no se trata aquí de una de las piezas preshakespearianas antes aludidas. Todas estas circunstancias permiten, con todo, fijar en 1590 la fecha más probable de la composición del drama que nos ocupa, debiendo, por tanto, ser considerada como una de las primeras producciones de Shakespeare, en lo que tenga de auténtica.

Las primeras ediciones que de la misma se conservan son el *Cuarto* de 1600 y otro fechado en 1611, á los que siguió el indicado *Folio* de 1623, que insertó la pieza entre las tragedias de Shakespeare y que sigue textualmente al segundo *Cuarto*, con excepción de toda una escena (la Esc. III del Act. III) que no se halla en ninguna de las dos ediciones precedentes.

# TITO ANDRÓNICO

PERSONAS

SATURNINO, *hijo del último emperador de Roma y luego proclamado emperador.*
BASIANO, *hermano de Saturnino, enamorado de Lavinia.*
TITO ANDRÓNICO, *noble romano, general en la guerra contra los godos.*
MARCO ANDRÓNICO, *Tribuno del pueblo y hermano de Tito.*
LUCIO . . . .
QUINTO . . . .
MARCIO . . . .
MUCIO . . . . } *Hijos de Tito Andrónico.*
EL JOVEN LUCIO, *un niño, hijo de Lucio.*
PUBLIO, *hijo de Marco el Tribuno.*
SEMPRONIO . .
CAYO. . . . .
VALENTINO . . } *Parientes de Tito.*
EMILIO, *noble romano.*
ALARBO. . . .
DEMETRIO . . .
QUIRÓN . . . . } *Hijos de Tamora.*
AARÓN, *moro, amante de Tamora.*
UN CAPITÁN . .
UN TRIBUNO . .
UN MENSAJERO .
UN RÚSTICO . . } *Romanos.*
TAMORA, *reina de los godos.*
LAVINIA, *hija de Tito Andrónico.*
UNA NODRIZA, *con un niño moro.*
*Senadores, Tribunos, oficiales, soldados y acompañamiento.*

La escena en Roma y sus cercanías.



# ACTO PRIMERO

## ESCENA PRIMERA

**Roma.—Frente al Capitolio. A un lado se ve la tumba de los Andrónicos**

Los SENADORES y TRIBUNOS están en un alto estrado. Entran por una parte SATURNINO con sus partidarios, y por la opuesta, BASIANO con los suyos, con tambores y banderas.

SATURNINO

Nobles patricios, amparadores de mis derechos, defended con las armas la justicia de mi causa, y vosotros, conciudadanos, mis amables prosélitos, sostened con vuestras espadas mi título hereditario. Yo soy el hijo primogénito del último que ciñó en Roma la imperial diadema; haced, pues, revivir en mí los honores de mi padre; no ultrajéis mis años con una indignidad.

BASIANO

Romanos, amigos míos, mis secuaces, favorecedores de mis derechos, si jamás Basiano, el hijo de César, ha hallado gracia á los ojos de la real Roma, guardad esta entrada al Capitolio y no sufráis que el deshonor se acerque al trono imperial, consagrado á la virtud, á la justicia, á la moderación y á la nobleza; antes haced que brille el mérito en una justa elección y luchad, romanos, por la libertad de vuestro voto.

Entra MARCO ANDRÓNICO en el estrado, mostrando una corona

MARCO ANDRÓNICO

Príncipes, que apoyados por las facciones y por vuestros amigos, peleáis con ambición para lograr el mando y el imperio, sabed que el pueblo de Roma, al cual representamos, ha elegido con voz unánime para el romano imperio, á Andrónico, llamado por sobrenombre *el Pío*, en consideración á los muchos y grandes servicios que ha prestado á Roma. Dentro de los muros de la ciudad no vive hoy un hombre más noble, un guerrero más valiente. El Senado le mandó llamar aquí de las penosas guerras contra los bárbaros godos. Juntamente con sus hijos, ha sido el terror de nuestros enemigos y ha subyugado una nación poderosa y ejercitada en las armas. Diez años han transcurrido desde el día en que tomó á su cargo la causa de Roma y castigó con las armas la soberbia de nuestros adversarios. Cinco veces ha vuelto á Roma ensangrentado, conduciendo del campo de batalla, en sendos féretros, á

sus valientes hijos; y hoy, por fin, cargado con los despojos del honor, regresa á Roma el buen Andrónico, el renombrado Tito, floreciente en sus hechos de armas. Para honrar el nombre de aquel que deseáis ver ahora dignamente sustituído, en nombre de los derechos del Senado y del Capitolio (1), que vosotros pretendéis respetar y adorar, os conjuramos que os retiréis y depongáis vuestra violencia, que despidáis á vuestros secuaces, y cual dignos candidatos, hagáis valer vuestros merecimientos con toda paz y humildad.

SATURNINO

¡Cuán dulcemente calma mis pensamientos el lenguaje del Tribuno!

BASIANO

Marco Andrónico, yo fío en tu rectitud é integridad, y siento tal afecto y tal respeto por ti y los tuyos, por tu noble hermano Tito y por sus hijos, por aquella ante la cual se humillan todos mis pensamientos, por la graciosa Lavinia, rico ornamento de Roma, que aquí mismo voy á despedir á mis buenos amigos y confiar mi causa á mi fortuna y al favor del pueblo, para que sea pesada en la balanza.

Vanse los partidarios de BASIANO.

SATURNINO

Amigos, que así habéis mostrado vuestro celo por mis derechos, os doy gracias á todos, y aquí á todos os despido. Confío mi existencia, mi persona y mi causa al afecto y al favor de mi patria.

Vanse los partidarios de SATURNINO.

Roma, séme tan justa y tan propicia como yo te soy confiado y afectuoso. —Abrid las puertas y dejadme entrar.

*Música festiva* (2). *Saturnino y Basiano suben al Capitolio y entran en el Senado* (3).

Entra un CAPITÁN (4)

CAPITÁN

¡Plaza, romanos! El digno Andrónico, modelo de virtud, el mejor campeón de Roma, victorioso en todas las batallas, coronado de gloria y de fortuna, ha vuelto de las tierras en donde con su espada ha puesto á raya y subyugado á los enemigos de Roma.

Suenan tambores y trompetas. Entran luego MARCIO y MUCIO; detrás de ellos dos hombres llevando un féretro cubierto con un paño negro; después LUCIO y QUINTO; en pos de ellos TITO ANDRÓNICO, y luego TAMORA, acompañada de ALARBO, QUIRÓN, DEMETRIO, AARÓN y otros godos prisioneros. A continuación, soldados y pueblo. Dejan el féretro en el suelo, y TITO habla.

TITO

¡Salve, Roma, victoriosa en tus ropas de luto! ¡Ved! Como la nave que, después de haber desembarcado sus mercancías, retorna con un precioso cargamento á la bahía de donde antes arrancara su áncora, así vuelve Andrónico, ceñidas de laurel las sienes, para saludar de nuevo la patria con sus lágrimas; lágrimas de verdadero gozo por su regreso á Roma. ¡Oh, tú, poderoso defensor de este Capitolio (5), mira propicio las ceremonias que intentamos practicar! ¡Romanos, de veinticinco valerosos hijos, la mitad de los que tuvo el rey Príamo, contempla los míseros restos, vivos y muertos! (6) A estos que sobreviven, recompense Roma con amor; á estos que conduzco á su última morada, concédales sepultura con sus antepasados. Ahora me han permitido los godos envainar mi espada. Tito, despiadado é indiferente para con los tuyos, ¿cómo sufres que tus hijos, insepultos aún, vaguen errantes por la pavorosa orilla de la Estigia? —Abrid paso para depositarlos junto á sus hermanos.

*Abren la tumba.*

En silencio saludémosles, cual conviene á los muertos. ¡Dormid en paz, víctimas de las guerras de vuestra patria! ¡Oh, sagrado receptáculo de mis alegrías, dulce albergue de la virtud y de

(1) Recuérdese que Shakespeare suele confundir el Capitolio con el Senado (Cf. JULIO CÉSAR, pág. 526, nota 1).

(2) *Flourish* (V. MACBETH, pág. 12, nota 2).

(3) *They go up into the Senate house,* dice textualmente el Folio. Cf. nota 1.

(4) En varias ediciones modernas empieza aquí la Escena II.

(5) Júpiter Capitolino.

(6) En la primitiva balada, de que se hace mérito en la nota preliminar, se lee: «yo no conservé más que *tres* de mis veinticinco hijos», mientras que en el texto shakespeariano, le quedan á Tito *cuatro*.

la nobleza, cuántos de mis hijos has recogido en tu seno, que nunca me devolverás!

LUCIO

Entregadnos al más arrogante de los prisioneros godos para que cortemos sus miembros, y puestos en una pira, los sacrifiquemos á los manes de los hermanos [1], ante esta terrestre prisión de sus huesos, á fin de apaciguar sus sombras y no vernos turbados con apariciones portentosas [2].

TITO

*(Señalando á Alarbo)* Os entrego éste, el más noble de los sobrevivientes, el hijo mayor de esta infortunada reina.

TAMORA

¡Teneos, romanos amigos! Generoso conquistador, victorioso Tito, apiádate de las lágrimas que vierto, lágrimas de una madre que ama á su hijo con pasión; y si jamás tus hijos te fueron queridos, ¡ay!, piensa que mi hijo es tan querido para mí. ¿No basta que nosotros hayamos sido conducidos á Roma para embellecer tu triunfo y tu regreso, cautivos tuyos y sometidos al romano yugo, sino que aun mis hijos han de ser degollados en las calles por haber valerosamente defendido la causa de su patria? ¡Oh! Si el pelear en favor del rey y de la patria es un deber sagrado para ti, también lo es para ellos. No mancilles, Andrónico, con sangre tu sepulcro. ¿Quieres tú acercarte á la naturaleza de los dioses? Acércate, pues, á ellos en clemencia. La dulce



*(Escena I).* — ...victorioso Tito, apiádate de las lágrimas que vierto,...

(1) En latín, *Ad manes fratrum*, en el original.

(2) Según antiguas creencias, los manes ó sombras de los muertos no gozan de reposo hasta estar debidamente sepultados los cadáveres, y hasta haber sido plenamente vengados ó aplacados en los casos de muerte violenta.

compasión es el sello auténtico de la nobleza. Tres veces, noble Tito, respeta la vida de mi primogénito.

TITO

Sosegaos, señora, y perdonadme. *(Señalando á sus hijos)* Estos son los hermanos de aquéllos, á quienes vosotros, los godos, habéis visto morir, y por sus hermanos muertos piden ellos religiosamente un sacrificio. Vuestro hijo está designado para víctima, y es preciso que muera, á fin de apaciguar las gimientes sombras de los que ya no existen.

LUCIO

¡Abajo con él! Que al punto enciendan una hoguera, y sobre el montón de leña, con nuestras espadas cortemos sus miembros, hasta que estén del todo consumidos.

Vanse LUCIO, QUINTO, MARCIO y MUCIO, llevándose á ALARBO.

TAMORA

¡Oh piedad cruel, irreligiosa!

QUIRÓN

¿Fué jamás la Escitia la mitad tan bárbara?

DEMETRIO

No compares la Escitia con la ambiciosa Roma. Alarbo va al reposo, y nosotros le sobrevivimos para temblar bajo la amenazante mirada de Tito. Así, pues, señora, tened valor; pero esperad con todo que los mismos dioses, que ofrecieron á la reina de Troya oportunidad para descargar su cruel venganza sobre el tirano de Tracia en su propia tienda (1), favorezcan á Tamora, reina de los godos (cuando los godos eran godos y Tamora era reina), para vengar en sus enemigos estos sangrientos ultrajes.

Entran de nuevo LUCIO, QUINTO, MARCIO y MUCIO con sus espadas ensangrentadas

LUCIO

Ved, señor y padre, como hemos cumplido nuestros romanos ritos. Los miembros de Alarbo están cortados, y sus entrañas alimentan el fuego del sacrificio, cuyo humo, como incienso, aromatiza el cielo. No falta más que enterrar nuestros hermanos y, con estruendosa música, darles la bienvenida en Roma.

TITO

Sea como dices, y dirija Andrónico á sus almas éste su último adiós.

*Toque de trompetas. El féretro es depositado en la tumba.*

¡Descansad aquí en paz y honor, oh, hijos míos! ¡Acérrimos campeones de Roma, reposad aquí tranquilos, al abrigo de los mundanos azares é infortunios! Aquí no está en acecho la traición, aquí no fermenta la envidia, aquí no hay ponzoñas malditas, aquí no hay tempestades ni ruido, sino silencio y sueño eterno. ¡Descansad aquí en paz y honor, oh, hijos míos!

Entra LAVINIA

LAVINIA

¡En paz y honor viva largo tiempo Tito; viva en la fama mi noble padre y señor! ¡Ved! á esta tumba vengo á pagar el tributo de mi llanto por las exequias de mis hermanos; y á tus pies doblo mis rodillas vertiendo en tierra lágrimas de gozo por tu regreso á Roma. ¡Oh! Bendíceme aquí con tu mano victoriosa, tú, cuya fortuna celebran los más ilustres ciudadanos de Roma.

TITO

¡Amable Roma, que así amorosamente has conservado este cordial de mi vejez para alegrar mi corazón! ¡Vive, Lavinia; que tus días excedan á los de tu padre, y á la eternidad de la fama, para elogio de tus virtudes!

Entran abajo MARCO ANDRÓNICO y los TRIBUNOS. Vuelven á entrar SATURNINO y BASIANO con sus *Acompañamientos* respectivos.

MARCO

¡Viva largos años el señor Tito, mi amado hermano, triunfador gracioso á los ojos de Roma!

TITO

Gracias, bondadoso Tribuno, noble hermano Marco.

(1) Hécuba, reina de Troya, vengó la muerte de su hijo Polidoro, matando con sus propias manos á Polimnestor, rey de Tracia, que le había hecho asesinar.

MARCO

¡Y sed bienvenidos de estas gloriosas guerras, sobrinos míos, vosotros los que sobrevivís, y vosotros que dormís en el renombre! Gallardos héroes, vuestras fortunas son iguales en todos los que habéis desnudado vuestros aceros para el servicio de vuestra patria; pero el más firme triunfo es esta pompa fúnebre en honor de aquellos que han aspirado á la dicha de Solón [1], triunfado del azar en el lecho del honor. Tito Andrónico, el pueblo romano, del cual siempre fuiste verdadero amigo, te envía por conducto mío, su Tribuno y hombre de confianza, este palio de inmaculada blancura, y te admite en la elección para el imperio, juntamente con estos hijos del difunto emperador. Sé, pues, candidato [2], revístete con esta túnica, y contribuye á dar á Roma la cabeza que le falta.

*Le entrega la túnica.*

TITO

A su glorioso cuerpo conviene otra cabeza mejor que ésta que tiembla de vejez y de flaqueza. ¿Cómo puedo yo vestir este ropaje para molestaros, dejándome proclamar hoy para resignar mañana el mando y, al abandonar mi vida, legaros la tarea de una nueva elección? Roma, yo he sido cuarenta años tu soldado; he acaudillado con buen éxito las fuerzas de mi patria y he enterrado veintiún hijos valerosos, armados caballeros en el campo de batalla y muertos virilmente con las armas en la mano por la causa y en servicio de su noble patria. Dadme un báculo de honor para mi edad, mas no un cetro para regir al mundo. Dignamente, señores, lo llevaba el último que lo llevó.

MARCO

Tito, si lo pides, tuyo será el imperio.

SATURNINO

Altanero y ambicioso Tribuno ¿cómo puedes tú decir?...

TITO

Calma, príncipe Saturnino.

SATURNINO

Romanos, hacedme justicia; patricios, desnudad vuestras espadas y no las envainéis hasta que Saturnino sea emperador de Roma. Andrónico, más te valiera embarcarte para el infierno que venir á robarme los corazones del pueblo.

LUCIO

¡Arrogante Saturnino, interruptor del bien que quiere hacerte el magnánimo Tito!

TITO

Sosiégate, príncipe; yo te restituiré los corazones del pueblo, aunque deba arrancarlos de su mismo pecho.

BASIANO

Andrónico, yo no te adulo, antes te honro y te honraré hasta que muera. Si fortificas mi facción con tus amigos, te lo agradeceré cordialmente, y para los hombres de alma noble, la gratitud es digna recompensa.

TITO

Pueblo de Roma y nobles Tribunos aquí presentes, yo os pido vuestros votos y sufragios. ¿Queréis otorgarlos amigablemente á Andrónico?

LOS TRIBUNOS

Para complacer al buen Andrónico y para celebrar su feliz regreso á Roma, aceptará el pueblo á quien él designe.

TITO

Os doy las gracias, Tribunos; os ruego, pues, que elijáis al primogénito de vuestro emperador, el príncipe Saturnino, cuyas virtudes, según espero, se reflejarán en Roma, como en la tierra, los rayos de Titán [3], madurando la justicia en la república. Por lo tanto, si queréis elegir siguiendo mi consejo, coronadle y exclamad: «Viva nuestro emperador».

(1) Alusión á la conocida máxima de Solón: «Ningún hombre puede llamarse feliz hasta después de su muerte.»

(2) La voz *candidato* deriva de la palabra latina *candidus* (cándido, blanco), por razón del color de la ropa de que solían revestirse los que solicitaban el voto popular para las magistraturas. Cf. CORIOLANO, página 443, nota 2.

(3) El sol. Cf. ROMEO Y JULIETA, Act. II, esc. III, página 273.

MARCO

Con votos y aclamaciones de toda clase, patricios y plebeyos, creamos al príncipe Saturnino soberano emperador de Roma, y exclamamos: «Viva nuestro emperador Saturnino».

*Prolongada música triunfal.*

SATURNINO

Tito Andrónico, por las mercedes que hoy nos has hecho en nuestra elección, doyte las gracias en la medida de tus merecimientos, y quiero con actos recompensar tu generosidad. De primer intento, Tito, para ennoblecer tu nombre y tu honorable familia, quiero hacer de Lavinia mi emperatriz, la real señora de Roma y dueña de mi corazón, y desposarme con ella en el Panteón sagrado. Dime, Andrónico, ¿Te place tal propósito?

TITO

Ciertamente, mi digno señor; y por este enlace téngome por altamente honrado con vuestra gracia. Y aquí, á la vista de Roma, á Saturnino, jefe supremo de nuestra república, emperador del vasto universo, yo consagro mi espada, mi carro y prisioneros, presentes bien dignos del imperial señor de Roma. Acepta, pues, como el tributo que te debo, mis insignias de honor humilladas á tus pies.

SATURNINO

¡Gracias, noble Tito, padre de mi vida! Roma recordará cuán orgulloso estoy de ti y de tus dones, y si un día llego á olvidar el más mínimo de tus inapreciables servicios, olvidad, romanos, la lealtad que me debéis.

TITO

*(A Tamora)* Ahora, señora, sois prisionera de un emperador, de un hombre que, por consideración á vuestro honor y rango, os tratará con nobleza, á vos y á vuestro séquito.

SATURNINO

*(Aparte)* [1] Hermosa dama, á fe; y de la tez que yo gustara si de nuevo debiera yo elegir.

*(Alto)* Serenad, encantadora reina, ese hosco semblante; aunque los azares de la guerra hayan obrado ese cambio de ánimo, no podéis vos ser objeto de ludibrio en Roma. En todos conceptos seréis tratada como una princesa. Descansad en mi palabra, y no permitáis que la tristeza desaliente vuestras esperanzas. Quien os consuela, señora, puede haceros más grande que la reina de los godos. Lavinia, ¿no os desplace lo que digo?

LAVINIA

De ningún modo, señor; vuestra leal nobleza me garantiza que tales expresiones son regia cortesía.

SATURNINO

Gracias, amable Lavinia. Salgamos de aquí, romanos. Sin rescate dejamos en libertad á nuestros prisioneros. Proclamad nuestra exaltación, patricios, al son de trompetas y tambores.

*Música festiva* [2], *Saturnino corteja á Tamora en pantomima* [3].

BASIANO

Con vuestra licencia, señor Tito, esta doncella es mía.

*Cogiendo á Lavinia.*

TITO

¡Cómo! ¿Habláis formalmente, señor?

BASIANO

Sí, noble Tito; y estoy decidido también á hacerme justicia y apoyar mi derecho.

MARCO

*Suum cuique* [4] dice nuestro derecho romano. Este príncipe no hace sino tomar en justicia lo que es suyo.

LUCIO

Y lo tendrá mientras Lucio viva.

TITO

¡Atrás, traidores! ¿Dónde está la guardia del emperador?

*(A Saturnino)* ¡Traición, señor! Lavinia es robada.

SATURNINO

¡Robada! ¿Por quién?

(1) La indicación «aparte», es de la notable edición de Bellyse Baildon *(The Arden Shakespeare)*.
(2) *Flourish.*
(3) *In dumb show.* Cf. HAMLET, pág. 114, nota 4.
(4) Así mismo, «A cada cual lo suyo», en el original.

BASIANO

Por quien puede con justicia quitar su prometida del poder del mundo entero.

Vanse MARCO y BASIANO con LAVINIA.

MUCIO

Hermanos míos, ayudadme á sacarla de este sitio, y yo, espada en mano, guardaré esta puerta

Vanse LUCIO, QUINTO y MARCIO.

TITO

*(A Saturnino)* Seguidme, señor, y pronto os la devolveré.

MUCIO

Señor, no pasaréis por aquí.

TITO

¡Cómo! Hijo miserable, ¿me cierras el paso en Roma?

*Hiere á Mucio.*

MUCIO

¡Favor, Lucio, socorro!

*Muere.*

Entra de nuevo LUCIO

LUCIO

Injusto sois, señor, injusto por demás; en inicua querella habéis matado á vuestro hijo.

TITO

Ni tú, ni él, sois hijos míos. Mis hijos jamás me hubieran deshonrado así. Pérfido, restituye Lavinia al emperador.

LUCIO

Muerta, si os empeñáis, mas no para ser su esposa la que está legalmente prometida á otro.

Vase.

SATURNINO

No, Tito, no. El emperador no tiene necesidad de ella, ni de ti, ni de ninguno de tu ralea. No estoy ahora por fiarme de quien se burló una vez de mí; jamás gozaréis de mi confianza, ni tú, ni tus aleves é insolentes hijos, que os habéis confederado así para ultrajarme. ¿No había en Roma más que Saturnino, para hacerle blanco de tu escarnio? Muy bien concuerdan, Andrónico, esos actos con tu procaz baladronada de que yo mendigué de tus manos el imperio.

TITO

¡Oh!, ¡monstruoso! ¿Qué reproches son esos?

SATURNINO

Sigue tu camino. Ve, y cede esa veleidosa criatura al que por ella blandió su espada. Tendrás un yerno valeroso, un hombre á propósito para armar camorra á tus desmandados hijos y para promover motines en la república de Roma.

TITO

Esas palabras son otras tantas dagas para mi herido corazón.

SATURNINO

Y vos, amable Tamora, reina de los godos, que, cual la majestuosa Febe (1) entre sus ninfas, excedéis en brillo á las más apuestas damas de Roma, si es de vuestro agrado mi súbita elección, sabed que yo os elijo á vos, Tamora, por esposa, y quiero haceros emperatriz de Roma. Hablad, reina de los godos, ¿aplaudís mi elección? Y aquí, por todos los romanos dioses, puesto que el sacerdote y el agua bendita (2) tan cerca están, y las velas arden con tal brillo, y todo está dispuesto para el himeneo, juro que no volveré á ver las calles de Roma ni subiré á mi palacio hasta que conmigo de este sitio me lleve á mi desposada.

TAMORA

Y aquí, á la vista de los cielos, yo juro á Roma, que si Saturnino concede tal honor á la reina de los godos, ella será fiel sirviente á sus deseos, una cariñosa nodriza y una madre para su juventud.

SATURNINO

Sube al Panteón, hermosa reina. Señores, acompañad á vuestro augusto Emperador y á su agraciada novia, enviada por el cielo al príncipe Saturnino, cuya discreción repara su infortunio. Allí se celebrará la ceremonia de nuestro desposorio.

Vanse todos, menos TITO.

(1) Diana ó Luna.

(2) Uno de los numerosos anacronismos en que incurre el autor.

TITO

No estoy invitado para acompañar á la novia. Tito, ¿cuándo te ha sucedido á ti verte solo, afrentado de esta suerte y acusado de maldades?

Entran de nuevo MARCO, LUCIO, QUINTO y MARCIO

MARCO

¡Oh, Tito! ¡Mira, mira lo que tú hiciste!

TITO

¡Afuera, traidores! No reposará él en esa tumba. Quinientos años ha que existe ese monumento, que yo he reedificado con esplendidez. Aquí sólo tienen glorioso descanso guerreros y servidores de Roma; nadie que haya sido vilmente asesinado en una pendencia. Sepultadle donde podáis; aquí él no entrará.



*(Escena II).* — Sube al Panteón, hermosa reina.

En una injusta querella diste muerte á un hijo virtuoso.

*Mostrando el cadáver de Mucio.*

TITO

No, tribuno insensato, no; no es mi hijo, ni te conozco á ti, ni á esos, que os habéis confabulado para tales actos que han traído la deshonra sobre toda nuestra familia. ¡Hermano indigno!, ¡indignos hijos!

LUCIO

Pero démosle sepultura, cual corresponde; sepultemos á Mucio al lado de nuestros hermanos.

MARCO

Señor, esto es falta de piedad. Las proezas de mi sobrino Mucio hablan muy alto en favor suyo, y así es menester que sea enterrado con sus hermanos.

QUINTO Y MARCIO

Y lo será, ó de lo contrario, nosotros le seguiremos.

TITO

«¡Y lo será!» ¿Quién fué el villano que tal palabra profirió?

QUINTO

Quién la sostendrá en cualquier otro sitio que éste.

TITO

¡Cómo! ¿Osaríais sepultarlo á mi despecho?

MARCO

No, ilustre Tito; pero te suplicamos que perdones á Mucio y le des sepultura.

TITO

Marco, tú has herido también mi dignidad, y con esos niños has lastimado mi honor. A todos os miro como enemigos; así, pues, cesad de importunarme y marchaos de aquí.

MARCO

Está fuera de sí. Retirémonos.

QUINTO

Yo no, hasta dejar los huesos de Mucio sepultados.

*Marco y los hijos de Tito se arrodillan.*

MARCO

Hermano, pues aboga en tal nombre la naturaleza...

QUINTO

Padre, y habla en tal nombre la naturaleza...

TITO

Basta ya, si queréis evitar las consecuencias.

MARCO

Ilustre Tito, tú, que eres más de la mitad de mi alma...

LUCIO

Amado padre, alma y substancia de todos nosotros...

MARCO

Permite que tu hermano Marco sepulte aquí, en la mansión de la virtud, á su noble sobrino que murió honrosamente y por causa de Lavinia. Romano eres; no seas un bárbaro. Los griegos, mejor avisados, enterraron á Ajax [1], que se dió muerte á sí mismo, y el sabio hijo de Laertes [2] abogó generosamente para que se celebraran sus exequias. Así, pues, no cierres la entrada de esta tumba al joven Mucio, que era tu alegría.

(1) Alusión al *Ajax* de Sófocles, del cual no se conoce ninguna traducción de tiempos de Shakespeare (Steevens).

(2) Ulises.

TITO

Levántate, Marco, levántate. Este es el día más aciago que en mi vida he visto. ¡Ser deshonrado en Roma por mis propios hijos! Bien está; entiérrale, y entiérrame luego á mí.

*Introducen á Mucio en la tumba.*

LUCIO

Descansen aquí tus restos, Mucio querido, con tus deudos, hasta que adornemos con trofeos tu sepultura.

TODOS

*(Arrodillándose)* Nadie vierta lágrimas por el noble Mucio. Vive en la fama quien murió por causa de la virtud.

MARCO

Señor, para distraernos de estos crueles pesares, ¿cómo es que la astuta reina de los godos se ha encumbrado tan de improviso en Roma?

TITO

No lo sé, Marco; pero sé que así es. Si fué por ardid ó no, los cielos pueden decirlo. Pero ¿no tiene ella una deuda de gratitud con el hombre que de tan lejos la condujo aquí para tan alto destino? Sí tal, y ella le recompensará generosamente [3].

Música festiva (4). Entran de nuevo, por un lado, SATURNINO, con su *Acompañamiento,* TAMORA, DEMETRIO, QUIRÓN y AARÓN; por el otro lado, BASIANO, LAVINIA y otros.

SATURNINO

Conque, Basiano, ha sido afortunado vuestro golpe. ¡Que Dios os colme de dicha en brazos de vuestra agraciada esposa!

BASIANO

Y á vos en los de la vuestra, señor. Nada más digo, ni os deseo menos; y con esto me despido.

SATURNINO

¡Traidor! Si Roma tiene leyes y nosotros tenemos poder, tú y tu facción os arrepentiréis de semejante rapto.

(3) «Sí... generosamente.» Esta frase la ponen algunos en boca de Marco, como respondiendo á la pregunta de Tito, por más que así consta en el Folio.

(4) *Flourish.*

BASIANO

¿Podéis llamar rapto, señor, el apoderarme de lo mío, de mi fiel prometida, y ahora mi esposa? Pero que lo decidan todo las leyes de Roma; entre tanto estoy en posesión de lo que es mío.

SATURNINO

Bien está, señor; pocas ceremonias gastáis con nosotros, pero, si vivimos, seremos igualmente ásperos con vos.

BASIANO

Señor; de cuanto hice, debo responder lo mejor que pueda, y responderé con mi vida. Sólo una cosa debo dar á conocer á vuestra gracia: por todos los deberes que me ligan á Roma, este noble señor, Tito, aquí presente, ha sido ultrajado en su reputación y en su honor; él, que para devolveros á Lavinia, con su propia mano dió muerte al más joven de sus hijos, llevado de su celo por vos y poderosamente movido á cólera al verse contrariado en el don que os hacía con toda sinceridad. Admitid, pues, en vuestro favor, Saturnino, al que se ha mostrado en todos sus actos como un padre y amigo vuestro y de Roma.

TITO

Príncipe Basiano, cesa de defender mis actos. Fuiste tú y fuisteis vosotros quienes me deshonraron. Roma y los justos cielos sean mis jueces, y declaren cuánto he querido y respetado á Saturnino.

TAMORA

Mi digno señor, si jamás Tamora tuvo alguna gracia á vuestros augustos ojos, oidme hablar imparcialmente por todos, y á mis ruegos, amado mío, perdonad lo pasado.

SATURNINO

¡Cómo, señora! ¿Ser infamado en público y sufrirlo cobardemente sin tomar venganza?

TAMORA

No tal, señor. ¡Guárdenme los dioses de Roma de contribuir á vuestra infamia! Mas, por mi honor, me atrevo á responder de la completa inocencia del buen Tito, cuyo coraje mal disimulado publica sus pesares. Así, pues, oid mis ruegos y miradle propicio. No perdáis un tan noble amigo sólo por vanas sospechas, ni afligáis con sañudas miradas su noble corazón.

*(Aparte á Saturnino)* Señor, dejaos gobernar por mí, dejaos al fin persuadir. Disimulad todos vuestros pesares y resentimientos. Acabáis de ser instalado en vuestro trono; no sea que el pueblo y los patricios también, después de maduro examen, adoptasen el partido de Tito y os depusieran por ingratitud, lo que Roma considera como el vicio más odioso. Ceded á mis súplicas, y luego dejadme hacer. Yo encontraré un día para darles á todos fiera muerte, y aniquilar su facción y su familia, el cruel padre y sus pérfidos hijos, á quienes yo imploraba la vida de mi amado hijo; y les enseñaré lo que es dejar que una reina caiga de hinojos en las calles y pida gracia en balde. *(Alto)* Vamos, vamos, querido emperador; vamos, Andrónico.

*(A Saturnino, señalando á Tito Andrónico, que se ha postrado en tierra)* Levantad á ese buen anciano y reanimad su corazón que desfallece bajo la tempestad de vuestro airado ceño.

SATURNINO

Alzaos, Tito, alzaos; mi emperatriz ha prevalecido.

TITO

Doy gracias a vuestra majestad, señor, y á ella. Esas palabras, esas miradas me infunden nueva vida.

TAMORA

Tito, estoy incorporada á Roma; soy ahora romana por feliz adopción, y debo aconsejar al emperador para su bien. En este día terminan todas las querellas, Andrónico; y sea mía la gloria, mi buen señor, de haber hecho la reconciliación entre vos y vuestros enemigos. Tocante á vos, príncipe Basiano, yo he dado al emperador mi palabra y promesa de que vos seréis más blando y más tratable. Nada temáis, señores, ni vos tampoco, Lavinia; siguiendo mi consejo, humilde-

mente dobladas las rodillas, pedid perdón á su majestad.

*Se arrodillan.*

LUCIO

Así lo hacemos, y juramos al cielo y á su alteza que en nuestros actos procedimos con toda la moderación posible, sin otra mira que el honor de nuestra hermana y nuestro honor.

MARCO

Aquí lo declaro solemnemente por el mío.

SATURNINO

Retiraos y basta de palabras; dejad de importunarnos.

TAMORA

No, no; querido emperador; hemos de ser todos amigos. El Tribuno y sus sobrinos, piden gracia, hincadas en el suelo las rodillas. No me rehuséis tal favor; dueño mío, volved á ellos vuestros ojos.

SATURNINO

Marco, por consideración á ti y á tu hermano aquí presente y á instancias de mi amable Tamora, perdono á esos jóvenes sus odiosas faltas. Levantaos.

*Se levantan.*

Lavinia, aunque me habéis abandonado como un rústico, he encontrado una amiga, y tan cierto como la muerte, juré no marcharme soltero del lado del sacerdote. Venid; si la corte del emperador puede festejar á dos novias, vos, Lavinia, y vuestros amigos seréis mis huéspedes. Este será un día de amor, Tamora.

TITO

Mañana, si place á vuestra majestad venir conmigo á la caza de la pantera y del ciervo, con cuernos y sabuesos iremos á dar los buenos días á vuestra merced.

SATURNINO

Que me place, Tito, y por ello muchas gracias.

**Música festiva** (1). **Vanse.**

(1) *Flourish.*



# ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

**Roma.—Frente al palacio imperial** (1)

Entra AARÓN

AARÓN

Actualmente sube Tamora á la cumbre del Olimpo, fuera del alcance de los tiros de la fortuna; allá en lo alto está ella sentada al abrigo de los estallidos del trueno y de la llama del rayo, por encima de los amenazadores ataques de la pálida envidia. Semejante al dorado sol cuando saluda la mañana y, tiñendo de oro el Océano con sus rayos, galopa por el Zodíaco en su carro esplendente, dominando con su vista los montes más encumbrados,—así es Tamora. A su talento forman cortejo todos los honores de la tierra, y la virtud se humilla y tiembla ante el ceño de su frente. Ea, pues, Aarón, arma tu corazón y apresta tus pensamientos para elevarte con tu imperial señora, y ascender al nivel de ella. Largo tiempo tú, delirante de gozo, la has tenido prisionera, aherrojada con amorosas cadenas y más fuertemente sujeta á los fascinadores ojos de Aarón que Prometeo á las rocas del Cáucaso. ¡Lejos de mí las vestiduras de esclavo y los pensamientos serviles! Quiero brillar y relucir cubierto de oro y perlas, para servir á esa nueva emperatriz. ¡Qué digo, servir! Para recrearme con esa reina, esa divinidad, esa Semíramis, esa ninfa, esa sirena que hechizará á Saturnino de Roma, y será espectadora de su naufragio y del de todo el imperio.—¡Hola! ¿Qué tumulto es ése?

Entran DEMETRIO y QUIRÓN disputando con calor

DEMETRIO

Quirón, tus años carecen de juicio (2), y tu juicio carece de penetración y de experiencia para insinuarte en el corazón de aquella que me ha favorecido, y puede, por algo que tú sabes, sentir inclinación hacia mí.

QUIRÓN

Demetrio, jactancioso eres en todo, como lo eres pretendiendo intimidarme con tus bravatas. No es la diferencia de un año ó dos lo que puede hacerme á mí menos agradable ni á ti más afortunado. Yo soy tan apto y capaz como tú para obsequiar á mi dama y merecer sus favores, y esto te lo probará mi espada al defender mis derechos al amor de Lavinia.

(1) Esta escena, según Johnson, debe continuar la precedente.

(2) Hay que advertir que Demetrio es el mayor de los dos hermanos.

AARÓN

¡Teneos, teneos! [1] Esos galanes no quieren vivir en paz.

DEMETRIO

¡Vaya, mozuelo! Porque nuestra madre, por error, os ha colgado en el cinto una espada de baile [2], ¿tenéis la insolencia de amenazar á vuestros amigos? Vamos, mantened vuestra lata pegada dentro de su vaina hasta que sepáis manejarla con más tino.

contienda? Perfectamente, me consta el motivo de todo ese rencor; y no quisiera por un millón de oro que la causa supiesen aquellos á quienes más concierne; ni quisiera por mucho más que vuestra noble madre fuese de tal modo deshonrada en la corte de Roma. Por decoro, envainad vuestras espadas.

DEMETRIO [3]

No, hasta que yo haya hundido mi acero en su pecho, metiéndole en su garganta aquellas injuriosas expresiones que él ha proferido aquí para mi afrenta.



*(Escena I).* — Conque, mozalbete: ¿tan bravo sois?

QUIRÓN

*(A Demetrio)* Y mientras tanto, señor, con la poca destreza que yo tengo, muy bien vais á ver á cuánto yo me atrevo.

DEMETRIO

Conque, mozalbete; ¿tan bravo sois?

*Desenvainan.*

AARÓN

¡Y bien, ea, señores! ¿Tan cerca del palacio del emperador osáis desnudar los aceros y sostener en público semejante

QUIRÓN

A ello estoy dispuesto y bien resuelto, cobarde malhablado, que truenas con tu lengua, y nada osas con tu espada.

AARÓN

¡Afuera paz, digo yo! ¡Ah! Por los dioses que adoran los guerreros godos, esa mezquina pendencia nos va á perder á todos. ¡Vaya, señores! ¿No pensáis cuán

(1) *Clubs, clubs!* en el original. Este era el grito con que se pedía socorro, cuando se suscitaba una reyerta en la calle, llamando á la gente para separar con palos y garrotes á los que reñían.

(2) *Dancing-rapier,* en el original. Es la espada que se llevaba como simple adorno. Cf. ANTONIO Y CLEOPATRA, pág. 608, nota 2.

(3) Conforme indica Warburton, parece que este parlamento debe aplicarse á Quirón, y el siguiente á Demetrio, que, con su lenguaje procaz, parece haber provocado la indignación de su hermano menor, por más que en el Folio aparezcan dichos parlamentos en la forma transcrita.

peligroso es usurpar los derechos de un príncipe? ¡Cómo! ¿Tan disoluta se volvió Lavinia, ó en tal degradación cayó Basiano, que por el amor de ella se puedan suscitar tales riñas, sin cortapisa ni justicia ni venganza? ¡Tened cautela, jóvenes señores! Si la emperatriz supiese la causa de esa discordia, la música no os gustaría.

QUIRÓN

Nada me importa que lo sepa ella ni el mundo entero; yo amo á Lavinia más que á todo el mundo.

DEMETRIO

¡Eh, rapazuelo! Aprende á hacer una elección más humilde. Lavinia es la esperanza de tu hermano mayor.

AARÓN

¡Vaya! ¿Estáis locos? ¿No sabéis cuán exaltados é impacientes son los romanos, y que no pueden sufrir rivales en lances de amor? Os digo, señores, que no hacéis más que tramar vuestra muerte con tales intentos.

QUIRÓN

Aarón, á mil muertes me expondría para lograr á la que amo.

AARÓN

¡Para lograrla! ¿Cómo?

DEMETRIO

¿Por qué así te admiras? Ella es mujer, y por lo tanto puede uno galantearla; ella es mujer, y por lo tanto, puede uno seducirla; ella es Lavinia, y por lo tanto, debe uno amarla. ¡Vaya hombre!, más agua corre por el molino de la que ve el molinero (1); y sabemos que es fácil cosa hurtar una rebanada de un pan ya decentado. Por más que Basiano sea hermano del emperador, otros que valen más que él han llevado las insignias de Vulcano (2).

AARÓN

*(Aparte)* Sí, y aun pueden llevarlas hombres de la talla de Saturnino.

DEMETRIO

¿Por qué, pues, ha de desesperar aquel que sabe hacer la corte con melosas palabras, con tiernas miradas y con esplendidez? ¡Vaya! ¿no has tú herido muchas veces una corza llevándotela bonitamente en las barbas mismas del guarda?

AARÓN

¡Pues digo! Parece ser que un rapto ó cosa así llenaría vuestros deseos.

QUIRÓN

Sí, de tal suerte los deseos quedarían cumplidos.

DEMETRIO

Aarón, tú has dado en el hito.

AARÓN

¡Ojalá hubieseis vosotros dado en él también! Entonces no nos sentiríamos molestados por esa bulla. Pues bien, atended, atended. ¿Sois acaso asaz locos para reñir por eso? ¿Os disgustaría que los dos fuerais afortunados en vuestras pretensiones?

QUIRÓN

A mí no, ciertamente.

DEMETRIO

Ni á mí, con tal que yo fuera de la partida.

AARÓN

Por decoro, sed amigos, y uníos para el objeto que os divide. La destreza y el ardid han de hacer lo que anheláis, y así debéis reflexionar que aquello que no podéis hacer como quisierais, habéis de hacerlo forzosamente como podáis. Tomad nota de lo que os digo: Lucrecia no era más casta que esa Lavinia, la amada de Basiano. Es menester que sigamos un curso más rápido que esas lentas languideces, y yo he hallado el camino. Señores míos, se está preparando una regia cacería; allí acudirán en tropel las beldades de Roma. Las avenidas del bosque son anchas y espaciosas, y hay allí muchos sitios solitarios que la naturaleza ha dispuesto para el rapto y la villanía. Atraed á uno de estos parajes cada uno de vosotros por separado á vuestra linda corza, y si no bastan las palabras, idos al bulto por la violencia.

(1) Alusión al proverbio escocés: «Mucha agua va por el molino, mientras duerme el molinero».

(2) Sabido es que este dios cojo y contrahecho fué engañado repetidas veces por su esposa Venus.

Por este medio podéis abrigar esperanzas; de lo contrario, ninguna en absoluto os queda. Venid, venid; daremos cuenta de todos nuestros planes á la emperatriz, cuyo execrable talento está consagrado al crimen y á la venganza; y ella refinará nuestros ardides con sus consejos. No sufrirá ella que riñáis los dos, antes bien os conducirá á la meta de vuestros anhelos. La corte del emperador semeja la mansión de la Fama; su palacio está lleno de lenguas, ojos y oídos; los bosques son insensibles, espantables, sordos y apáticos. Allí, bravos mancebos, hablad, herid y aprovechaos de vuestras ventajas; allí ocultos á la vista de los cielos, satisfaced vuestros deseos, y embriagaos con los tesoros de Lavinia.

QUIRÓN

Tu consejo, muchacho, no huele á cobardía.

DEMETRIO

Por fas ó por nefas [1], hasta que yo encuentre el arroyo que refresque estos ardores, un hechizo que calme estos transportes, *per Styga, per manes vehor* [2].

Vanse.

## ESCENA II

**Un bosque en las cercanías de Roma**

Óyense cuernos de caza y ladridos de perros. Entran TITO ANDRÓNICO, con varios cazadores y *Acompañamiento,* MARCO, LUCIO, QUINTO y MARCIO.

TITO

Ha principiado la caza. Brillante y azulada es la mañana; los campos exhalan dulce aroma, y los bosques están llenos de verdor. Soltemos aquí los perros y hagámosles ladrar para que despierten al Emperador y su agraciada esposa y hagan levantar al príncipe. Suene un toque de llamada á los cazadores, tan recio que toda la corte resuene con su estrépito. Hijos míos, encargaos, como yo, de escoltar cuidadosamente la persona del Emperador. Esta noche he sido turbado yo en mi sueño, pero el naciente día me ha infundido nuevo ánimo

*Oyense ladridos de perros. Suenan cuernos de caza tocando llamada.*

Entran SATURNINO, TAMORA, BASIANO, LAVINIA, DEMETRIO, QUIRÓN y *Acompañamiento*

TITO

Mil buenos días á vuestra majestad, y otros tantos y tan felices á vos, señora. Yo había prometido á vuestra gracia una llamada de cazador.

SATURNINO

Y la habéis tocado con toda la fuerza de vuestros pulmones, señores míos, aunque algo demasiado temprano para unos recién casados.

BASIANO

¿Qué decís vos á eso, Lavinia?

LAVINIA

Digo que no; más de dos horas hacía que estaba yo enteramente desvelada.

SATURNINO

Vamos, pues; que traigan los caballos y los carros, y á nuestro deporte. *(A Tamora)* Ahora veréis, señora, una cacería romana.

MARCO

Perros tengo, señor, que harán salir de su antro la más feroz pantera y escalarán la cumbre del más alto monte.

TITO

Y un caballo tengo yo que seguirá la caza doquiera que vaya, y correrá por la llanura como una golondrina [3].

DEMETRIO

Quirón, nosotros no cazamos con caballos ni jauría, pero esperamos echar por tierra una linda corza.

Vanse.

## ESCENA III

**Un paraje desierto del bosque**

Entra AARÓN llevando un talego de oro

AARÓN

Cualquiera que tenga buen sentido pensaría que yo carezco de él, al verme en-

(1) *Sit fas aut nefas,* en el original: «sea lícito ó ilícito».

(2) Otra expresión latina que significa: «soy llevado á través de la laguna Estigia y por entre las sombras de los muertos», lo cual equivale á decir, según Bellyse Baildon, que nada le hará retroceder.

(3) H. Bellyse Baildon opina que estos dos últimos parlamentos encierran una fina alusión, según la cual la pantera se referiría á Tamora, y el caballo á Aarón

terrar tanto oro debajo de un árbol, para jamás poseerlo. Si alguno hay que forme de mí tan baja opinión, sepa que con este oro debe forjarse una estratagema, que, hábilmente llevada á cabo, ha de producir una obra maestra de ruindad. Así, pues, oro querido, reposa aqui para desasosiego de aquellos que reciban limosna del arca [1] de la emperatriz [2].

*Entierra el oro.*

á un tiempo se escuchara una doble cacería, sentémonos y prestemos atención á sus ladridos, y después de un encuentro, como aquel de que, según se dice, gozaron Dido y el errante príncipe [3], cuando sorprendidos por una feliz tormenta se cobijaron en una callada gruta, podremos, mutuamente enlazados uno en brazos de otro, una vez terminados nuestros pasatiempos, disfrutar de un dorado



*(Escena III).* — Así, pues, oro querido, reposa aquí...

Entra TAMORA

TAMORA

¿Por qué, amable Aarón, tienes tú el aire triste, cuando todo sonríe en torno nuestro? Las aves entonan una melodía en cada arbusto; la serpiente duerme enroscada, expuesta á los alegres rayos del sol; una brisa refrescante agita blandamente las verdes hojas, cuyas sombras movibles se dibujan en el suelo. Bajo su dulce sombra sentémonos, Aarón, y en tanto que el eco parlero se burla de los sabuesos, respondiendo con voz chillona á los melodiosos cuernos de caza, cual si sueño mientras los perros y los cuernos de caza y las aves con sus gratas melodías serán para nosotros como el canto de una nodriza que arrulla á su crío para adormecerle.

AARÓN

Señora, si Venus gobierna vuestros deseos, Saturno domina los míos [4]. ¿Qué significan mis miradas siniestras y fijas, mi silencio y mi tétrica melancolía? ¿Qué significa mi vellón de lanudo cabello que ahora abre sus rizos, á semejanza de una víbora que se desenrosca para llevar á cabo algún fatal designio? No, seño-

(1) *Chest.* Palabra de doble sentido; puede significar arca, caja, etc. y pecho.

(2) Este obscuro pasaje parece significar que aquellos que cojan este oro de la emperatriz Tamora, habrán de sufrir amargamente por ello.

(3) Eneas.

(4) En Astrología, Quiromancia y otras artes ocultas, el planeta Saturno ejerce una maligna influencia, no solamente sobre las personas que están bajo su dominio, sino también sobre las que con ellas están relacionadas, trayendo á todas desgracias é infortunios, si no crímenes.

ra, no son ésas señales de voluptuosidad. El rencor está en mi corazón, la muerte en mis manos; sangre y venganza bullen en mi cabeza. Escucha, Tamora, emperatriz de mi alma, que nunca espera otro cielo que el que está en ti, este es el día fatal para Basiano; su Filomela ha de perder hoy la lengua, y tus hijos han de arrebatar el tesoro de su castidad y lavar sus manos en la sangre de Basiano. ¿Ves esta carta? Tómala, te lo ruego, y entrega al rey este pliego que encierra una fatal intriga. No me preguntes más ahora; nos espían. Aquí viene una parte de nuestro ansiado botín; poco sospechan ellos la destrucción de su vida.

TAMORA

¡Ah, dulce Moro, más dulce que la vida para mí!

AARÓN

Ni una palabra más, gran emperatriz. Basiano llega. Muéstrale enojo, y yo voy en busca de tus hijos para que apoyen tus querellas, cualesquiera que sean.

Vase.

Entran BASIANO y LAVINIA

BASIANO

¿A quién hallamos aquí? ¿No es la augusta emperatriz de Roma, separada de su brillante escolta? ¿O es acaso Diana, que, vestida como ella, ha abandonado sus sagradas arboledas para venir á ver la gran cacería en este bosque?

TAMORA

¡Insolente acechador de nuestros privados pasos! Si tuviera yo el poder que, al decir de algunos, tenía Diana, tus sienes estarían ahora mismo plantadas de cuernos, como las de Acteón [1], y los perros darían caza á tu cuerpo metamorfoseado. ¡Soez intruso!

LAVINIA

Con vuestra venia, gentil emperatriz, es creencia que poseéis un don especial en plantar cuernos, y podría sospecharse que vuestro Moro y vos habéis buscado este rincón solitario para hacer ensayos. ¡Guarde hoy Júpiter á vuestro marido de sus perros! ¡Lástima fuera que le tomaran por un ciervo!

BASIANO

Creedme, reina mía, vuestro atezado cimerio [2] comunica á vuestro honor el matiz de su cuerpo, manchado, aborrecido, abominable. ¿Por qué estaríais ahora lejos de todo vuestro séquito, desmontada de vuestro hermoso corcel blanco cual la nieve, y desviada en ese obscuro rincón en compañía de un bárbaro Moro, si un torpe deseo no os hubiese traído aquí?

LAVINIA

Y al veros así interrumpida en vuestra holgura, muy natural es que tachéis de insolente á mi noble esposo. *(A Basiano)* Partamos de aquí, os lo ruego, y dejémosla gozar de su amor negro como el cuervo. A maravilla cuadra este valle con su intento.

BASIANO

El rey mi hermano tendrá noticia de esto.

LAVINIA

Sí, porque estas escapadas le han puesto sobre aviso tiempo ha [3]. ¡Un rey tan bueno verse engañado tan indignamente!

TAMORA

¿Cómo tengo yo paciencia para soportar todo eso?

Entran DEMETRIO y QUIRÓN

DEMETRIO

Y bien, querida soberana y nuestra graciosa madre, ¿por qué tan pálida y alterada se muestra vuestra alteza?

TAMORA

¿Y pensáis vosotros que no tengo yo motivo sobrado para estar tan pálida? Estos dos me han atraído aquí á este si-

(1) Personaje mitológico á quien Diana transformó en ciervo.

(2) Alusión á las legendarias *cimmeriæ tenebræ*, lo que da en este caso al adjetivo cimerio el sentido de negro, por la analogía que existe entre el país nebuloso de los pueblos cimerios y el color del moro Aarón.

(3) Esto no parece concordar con lo que dice Saturnino en la escena II de este acto: «para unos recién casados». Si no se trata aquí de uno de esos artificios cronológicos tan frecuentes en Shakespeare, la única explicación posible es que, en la escena presente, se trata de una segunda partida de caza, separada de la anterior por un intervalo de algunas semanas ó quizás de algunos meses.

tio, valle árido y aborrecible como veis. Los árboles, aunque en pleno verano, están desnudos y marchitos, cubiertos de musgo y de nocivo muérdago; aquí jamás brilla el sol; aquí nada vive, salvo la nocturna lechuza ó el siniestro cuervo. Y después de haberme mostrado esta horrenda sima, hanme contado que aquí, en las fatídicas horas de la noche, mil demonios, mil serpientes silbadoras, diez mil sapos hinchados y otros tantos erizos lanzan unos gritos tan pavorosos y confusos que cualquier mortal que los oyese se volvería loco al punto, ó moriría de repente. No bien hubieron ellos terminado ese infernal relato, dijéronme que iban á atarme aquí al tronco de un siniestro tejo [1], y dejarme abandonada á tan miserable muerte. Y entonces me han llamado infame adúltera, goda lasciva, y me han dirigido todos los denuestos más crueles que jamás escuchara oído humano á tal efecto; y si por prodigioso azar no hubieseis venido aquí, habrían ellos ejecutado esta venganza. Si apreciáis la vida de vuestra madre, vengadme, ó de lo contrario, de hoy más no deberéis llamaros hijos míos.

DEMETRIO

He aquí la prueba de que soy tu hijo.

*Hiere con el puñal á Basiano.*

QUIRÓN

Y este golpe de mi parte, dirigido al corazón, en prueba de mi fuerza.

*Hiere también á Basiano, que cae muerto.*

LAVINIA

Sí, hiere, Semíramis [2], ¡qué digo!, bárbara Tamora, porque ningún nombre cuadra con tu naturaleza como el tuyo.

TAMORA

*(Á uno de sus hijos)* Dame tu puñal; ahora veréis, hijos míos, como la mano de vuestra madre venga el ultraje hecho á vuestra madre.

DEMETRIO

Teneos, señora. Le falta á ella algo más. Primero trillad el trigo, luego quemad la paja. Esa mujerzuela hacía gala de su castidad, de sus votos nupciales, de su fidelidad, y con esta engañosa confianza desafía á vuestra grandeza. ¿Y eso tendrá ella que llevárselo á la tumba?

QUIRÓN

En este caso yo quiero ser eunuco. Llevemos fuera de aquí á su marido arrastrándole hasta alguna oculta cueva y hagamos de su cadáver almohada para nuestra lascivia.

TAMORA

Pero una vez hayáis gustado la miel que apetecéis, no permitáis que esta avispa sobreviva para clavarnos su aguijón.

QUIRÓN

Os lo garantizo, señora. Nos aseguraremos de ello.

*(A Lavinia)* Venid, señora mía, ahora á viva fuerza vamos á gozar de esa virtud que tan cuidadosamente habéis guardado.

LAVINIA

¡Oh, Tamora! Tienes cara de mujer...

TAMORA

No quiero oirla. Sacadla de aquí.

LAVINIA

Buenos señores, suplicadle que me escuche. Una palabra no más.

DEMETRIO

Escuchadla, bella señora; tened á gala ver sus lágrimas, pero haced que ellas sean para vuestro corazón cual gotas de lluvia para la insensible roca.

LAVINIA

*(A Demetrio)* ¿Desde cuándo los jóvenes tigres aleccionan á su madre? No la instruyas en ferocidad; ella te la enseña á ti. La leche que mamaste de su seno se ha trocado en mármol; en sus mismos pechos bebiste la crueldad. Empero no todas las madres engendran hijos que se les parezcan.

*(A Quirón)* Suplícale que muestre la piedad de una mujer.

(1) Cf. acerca de esta planta, así como acerca de los demás objetos de significación nigromántica de este parlamento, el pasaje análogo de MACBETH, pág. 39.

(2) Reina de Asiria, famosa á la vez por sus grandes dotes de gobierno y por su insaciable lascivia.

QUIRÓN

¡Cómo! ¿Quisieras tú que yo mismo probara que soy bastardo?

LAVINIA

Cierto es que el cuervo no incuba la alondra [1]. Con todo, he oído decir (¡oh, si pudiera yo verlo ahora confirmado!) que el león, movido á piedad, dejóse cortar sus reales zarpas [2]. Diz que los cuervos alimentan los polluelos abandonados, en tanto que sus propios hijos se consumen de hambre en su mismo nido. ¡Oh! aunque tu duro corazón diga que no, sé para mí, sino tan bondadosa, á lo menos algo compasiva.

TAMORA

No sé que significa eso. Quitadla de ahí.

LAVINIA

¡Oh! ¡Permite que te lo diga! Por consideración á mi padre, que te ha salvado la vida cuando muy bien podía haberte matado, no seas inexorable, no permanezcas sorda á mis ruegos.

TAMORA

Aun cuando tú personalmente jamás me hubieses ofendido, por causa de tu padre mismo sería yo implacable. Recordad, hijos míos, qué de lágrimas he vertido en balde para salvar del sacrificio á vuestro hermano. A pesar de todo, el feroz Andrónico no quiso ablandarse. Así, pues, lleváosla de aquí, y haced de ella lo que mejor os plazca. Cuanto más crueles seáis con ella, tanto más amados para mí.

LAVINIA

¡Oh, Tamora! Merece el nombre de reina generosa, y con tus propias manos dame la muerte aquí mismo; porque no es la vida lo que tanto pido, pobre de mí, que me mataron cuando murió Basiano.

TAMORA

¿Qué solicitas, pues? Déjame, insensata.

LAVINIA

Lo que yo imploro es morir al punto, y algo más que el pudor no deja expresar á mi lengua. ¡Oh! Líbrame de su lascivia peor que la muerte, y precipítame en una sima pavorosa, donde jamás pueda la vista del hombre descubrir mi cuerpo Hazlo, y sé una asesina piadosa.

TAMORA

De esta suerte les robaría yo á mis hijos su salario. No, que sacien ellos su lujuria en ti.

DEMETRIO

*(Empujando á Lavinia)* ¡Afuera! Demasiado tiempo nos has detenido aquí.

LAVINIA

¡No hay clemencia! ¡No hay ternura de mujer! ¡Ah! ¡Brutal criatura, oprobio y enemigo de nuestro sexo! ¡Caiga la destrucción...!

QUIRÓN

*(Arrastrando á Lavinia)* No; ya sellaré yo tus labios.

*(A Demetrio)* Arrastra tú á su marido. Este es el hoyo donde Aarón nos encargó que le ocultáramos.

DEMETRIO precipita en el hoyo el cuerpo de BASIANO, y luego DEMETRIO y QUIRÓN se van, arrastrando á LAVINIA.

TAMORA

Adiós, hijos míos; procurad tenerla bien segura. Que jamás conozca mi corazón la verdadera alegría hasta que sean exterminados todos los Andrónicos. Ahora voy á buscar á mi galante Moro, mientras mis airados hijos desfloran á esa perdida.

Vase.

Vuelve á entrar AARÓN, acompañado de QUINTO y MARCIO

AARÓN

Venid, señores míos; adelantad el pie con tiento. Voy á conduciros directamente á la espantosa sima, en donde he descubierto á la pantera profundamente dormida.

(1) Nótese el contraste entre el cuervo, ave nocturna y de mal agüero, y la alondra, que anuncia la brillante aurora.

(2) Probable alusión á lo que se cuenta del esclavo Androcles, que extrajo una espina de la zarpa de un león, bajo el supuesto de que quizás para ello debiera practicar alguna saja (B. Baildon).

QUINTO

Mi vista está muy turbia; ignoro de qué será indicio.

MARCIO

También la mía, te lo aseguro. Si no fuera por lo que dirían de mí, de buena gana dejaría yo la caza para dormir un rato.

*Cae en la sima.*

QUINTO

¡Qué! ¿Te caíste? ¿Qué artero precipicio es ése, cuya boca está cubierta de incultos abrojos, y sobre cuyas hojas se ven gotas de sangre recién vertida, tan frescas como el matinal rocío en las flores destilado? Muy funesto me parece el sitio. Habla, hermano mío, ¿te has herido al caerte?

MARCIO

¡Ay, hermano! Herido por el más horrible objeto con que jamás ojo alguno con sentido haya hecho gemir al corazón.

AARÓN

*(Aparte)* Voy ahora á buscar al rey para que, al encontrarlos aquí, forme la verosímil conjetura de que son ellos quienes han hecho perecer á su hermano.

Vase.

MARCIO

*(Desde el fondo del foso)* ¿Por qué no me socorres, ayudándome á salir de esta hoya maldita, manchada de sangre?

QUINTO

Estoy sobrecogido de un extraño temor; un sudor frío invade con temblor todos mis miembros, y mi corazón recela más de lo que mis ojos pueden ver.

MARCIO

Para probar que son justos los presentimientos de tu corazón, mirad, Aarón y tú, al fondo de este antro, y veréis un terrible espectáculo de sangre y muerte.

QUINTO

Aarón ha partido; y mi compasivo corazón no permitirá á mis ojos mirar aquello cuya sola sospecha le hace estremecer. ¡Oh! dime qué es, porque nunca hasta ahora he sido como un niño para temer lo que desconozco.

MARCIO

El príncipe Basiano yace aquí sangriento, encogido, como un cordero degollado, en este antro horrible, tenebroso y empapado en sangre.

QUINTO

Si es tenebroso, ¿cómo puedes tú conocer que es él?

MARCIO

En su dedo ensangrentado lleva una preciosa sortija que ilumina toda esta cueva [1], y que, á semejanza de la vela funeraria, alumbra las térreas mejillas del difunto y muestra las rugosas entrañas de este antro. Asimismo la luna derramaba sus pálidos rayos sobre Píramo, cuando en medio de la noche yacía bañado en sangre virginal [2]. ¡Oh, hermano mío! Ayúdame con tu mano desfallecida,—si el pavor te hace desfallecer como á mí mismo,—ayúdame á salir de este cruel y devorante receptáculo, tan odioso como la sombría boca del Cocito [3].

QUINTO

*(Haciendo como dice)* Tiéndeme la mano para que yo te ayude á salir. Si me faltan fuerzas para prestarte este auxilio, tal vez seré arrastrado á las fauces de esta profunda sima, tumba del infeliz Basiano. No tengo fuerza bastante para atraerte al borde.

MARCIO

Tampoco la tengo yo para subir sin tu ayuda.

(1) Creíase antiguamente que el carbúnculo (piedra preciosa que puede suponerse adornaba la sortija en cuestión) brillaba en la obscuridad despidiendo una luz viva que le era propia

(2) Dos jóvenes asirios, Píramo y Tisbe, se habían dado una cita amorosa en las cercanías de la ciudad en que vivían. A esta cita acudió Tisbe la primera, pero tuvo que huir al ver acercársele una leona, que destrozó y manchó con sangre el velo que la joven dejó caer en su huída. Poco después llegó Píramo, que, reconociendo el velo de su amada y las huellas de la fiera, creyó que ésta la había devorado, y presa de desesperación se atravesó con la espada. Volvió Tisbe y llena de dolor al ver expirante á su amado, allí mismo se quitó la vida con la espada misma con que se hirió Píramo. Cf. la escena sobre este mismo tema del SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERBENA, Acto V.

(3) Río del Infierno pagano, por cuyo nombre se indicaba el mismo Infierno.

QUINTO

Dame tu mano otra vez. No la soltaré hasta que tú estés arriba ó yo abajo. No puedes tú venir á mí; yo vengo á ti.

*Cae en la hoya.*

Vuelve á entrar **AARÓN** con **SATURNINO**

SATURNINO

Venid conmigo. Quiero ver qué sima es ésa y quién es que se ha precipitado en ella. Di, ¿quién eres tú que hace un instante has descendido á este abierto boquerón de la tierra?

MARCIO

Soy el infortunado hijo del anciano Andrónico, conducido aquí en la hora más aciaga, para hallar á tu hermano Basiano muerto.

SATURNINO

¡Mi hermano muerto! Bien veo que te burlas. El y su esposa están en la casita del guardabosque, hacia el norte de este ameno cazadero. No hace una hora que allí le dejé.

MARCIO

No sabemos dónde le dejasteis vivo, pero, ¡ay!, aquí le hemos encontrado muerto.

Vuelven á entrar **TAMORA** con *Acompañamiento*, **TITO ANDRÓNICO** y **LUCIO**

TAMORA

¿Do está el rey mi señor?

SATURNINO

Aquí, Tamora; bien que afligido con mortal pesar.

TAMORA

¿Dónde está tu hermano Basiano?

SATURNINO

Ahora penetras hasta el fondo de mi herida; el infeliz Basiano yace aquí asesinado.

TAMORA

Demasiado tarde, pues, traigo este fatal escrito *(entregando una carta á Saturnino)*, la trama de esa monstruosa tragedia, y maravíllome en extremo de que un rostro humano pueda encubrir con agradables sonrisas tan mortífera crueldad.

SATURNINO

*(Leyendo la carta)* «Si no conseguimos »encontrarle buenamente, querido caza»dor,—nos referimos á Basiano,—encár»gate de cavar una fosa para él. Ya me »entiendes. Tu recompensa búscala en»tre las ortigas al pie del saúco que cu»bre con su sombra la boca de aquella »fosa en donde resolvimos enterrar á »Basiano. Hazlo, y tendrás en nosotros »unos amigos constantes.»

¡Oh, Tamora! ¿Hase oído jamás cosa parecida? Esta es la fosa, y éste el saúco. Ved, señores, si podéis descubrir al cazador que debe haber asesinado á Basiano en este sitio.

AARÓN

*(Mostrando el talego que habrá desenterrado)* Mi bondadoso señor: ved aquí el talego de oro.

SATURNINO

*(A Tito)* Dos de tus cachorros, crueles perros de sanguinaria ralea, han quitado aquí la vida á mi hermano.

*(A los del Acompañamiento)* Señores, sacadlos de esta fosa y metedlos en la cárcel, y que allí permanezcan hasta haber nosotros ideado para ellos algún tormento inaudito.

TAMORA

¡Cómo! ¿Están en esta hoya? ¡Oh, prodigio! ¡Cuán fácilmente se descubre el asesinato!

TITO

*(A Saturnino)* Excelso emperador, hincadas en el suelo mis débiles rodillas, imploro esta merced con lágrimas que no se vierten fácilmente. Que este abominable crimen de mis malditos hijos—malditos si se prueba su crimen...

SATURNINO

¡Si se prueba! Ya veis que es notorio... ¿Quién encontró esta carta? ¿Fuisteis vos, Tamora?

TAMORA

Andrónico mismo la recogió.

TITO

En efecto, señor; sin embargo, permitidme que yo sea fiador de ellos; pues, por la venerada tumba de mis padres,

juro que estarán prontos, cuando lo ordene vuestra alteza, á responder con su vida de las sospechas sobre ellos recaídas.

SATURNINO

No serás tú su fiador. Sígueme Que unos lleven el cadáver del asesinado, y otros conduzcan á los asesinos. No les dejéis proferir ni una palabra. Su crimen es manifiesto, pues, por mi alma, que si un fin hubiese peor que la muerte, tal fin fuera el castigo que les impondría.

TAMORA

Andrónico, yo suplicaré al rey. No temas por tus hijos; ellos saldrán bien de este lance.

TITO

Ven, Lucio, ven. No te detengas á hablarles.

*Vanse.*

## ESCENA IV

**Otra parte del bosque**

Entran DEMETRIO y QUIRÓN con LAVINIA violada, y cortadas las manos y la lengua

DEMETRIO

Vaya, pues; vete ahora y di, si es que tu lengua puede hablar, quién fué que te ha cortado la lengua y te ha violado.

QUIRÓN

Escribe tu pensamiento, revela así lo que intentas decir, y si tus muñones te lo permiten, haz el oficio de escribiente.

DEMETRIO

*(A Quirón)* Mira tú como con gestos y ademanes puede ella aun garrapatear.

QUIRÓN

*(A Lavinia)* Anda á tu casa, pide agua de olor y lávate las manos.

DEMETRIO

No tiene lengua para hablar ni manos que lavar. Así, pues, dejémosla entregada á sus mudos paseos.

QUIRÓN

Si me hallara yo en su caso, iría á ahorcarme.

DEMETRIO

Eso fuera si tuvieses manos con que anudarte la soga.

*Vanse DEMETRIO y QUIRÓN.*

*Entra MARCO*

MARCO

¿Quién es aquélla? ¡Mi sobrina que huye tan aprisa! Sobrina, una palabra: ¿dónde está tu esposo? ¡Si estoy soñando, á trueque de todas mis riquezas quisiera despertarme; y si estoy despierto, anonádeme algún planeta para que yo duerma el sueño eterno! Habla, gentil sobrina, ¿qué manos despiadadas y crueles así te han mutilado, despojando tu cuerpo de sus dos ramas, de esos bellos ornamentos, á cuya circundante sombra más de un rey [1] ha deseado dormir, sin poder lograr dicha tan grande como la de conseguir tu amor? [2] ¿Por qué no me respondes? ¡Ay! un raudal purpurino de sangre cálida, parecido á una fuente que mana á borbotones agitada por el viento, brota y cae por entre tus rosados labios con el vaivén de tu suave aliento. Pero, sin duda, algún Tereo [3] te ha desflorado, y para que tú no le descubrieras, cortó tu lengua. ¡Oh! ahora vuelves el rostro llena de rubor, y á pesar de toda esa pérdida de sangre, que por tres caños abiertos se derrama, tus mejillas están encendidas como el rostro de Titán [4] abochornado al ver que una nube le sale al paso. ¿Será menester que yo hable por ti? ¿Habré de decir qué es esto? ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo leer en tu corazón y descubrir á ese hombre bestial para llenarle de injurias y desahogar así mi ánimo. El pesar oculto, cual horno cerrado, quema y reduce á cenizas el corazón en

(1) Alusión á los príncipes Saturnino y Basiano que se disputaban el amor de Lavinia.

(2) *As have thy love.* En otras ediciones se lee: «*as half thy love*» (como la mitad de tu amor).

(3) Tereo, rey de Tracia, prendado de su cuñada Filomela, la violó y luego le cortó la lengua para que no le descubriese. Entonces Filomela, bordando en un cañamazo su lamentable historia, informó del caso á su hermana Progne, esposa del rey, y ambas se concertaron para vengar tal afrenta. Progne, degolló á su propio hijo Itis y se lo sirvió á Tereo en un convite. Furioso el monarca, persiguió á las dos hermanas, pero los dioses facilitaron la salvación de ellas transformando á Progne en golondrina y á Filomela en ruiseñor.

(4) *El Sol. Cf. pág. 653, nota 3.*

que anida. La hermosa Filomela no perdió más que la lengua, y así pudo en un vasto cañamazo bordar su pensamiento. Pero tú, amable sobrina, te ves privada de tal medio. Diste con un Tereo más taimado, que te cortó esos lindos dedos que hubieran bordado mejor que los de Filomela. ¡Oh! Si el monstruo hubiese visto esas manos de azucena, cual hojas de tiemblo, balancearse sobre el laúd, y acariciar sus sedosas cuerdas deleitándolas, no las hubiera tocado, aunque la vida le costara. Y si hubiese escuchado la celeste melodía que exhalaba tu armoniosa lengua, la cuchilla se le habría caído de las manos y él se hubiera quedado dormido como Cerbero á los pies del traciano poeta [1]. Ven, vamos á cegar á tu padre, pues un espectáculo tal no puede menos de cegar los ojos de un padre. Una tempestad de una hora basta para inundar las perfumadas praderas; ¿qué no producirán en los ojos de tu padre años enteros de lágrimas? No retrocedas, pues lloraremos contigo. ¡Ay! ¡Ojalá pudiera nuestro llanto aliviar tu desdicha!

Vanse.

(1) Orfeo.



# ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

**Una calle de Roma**

Entran SENADORES, TRIBUNOS, OFICIALES y LICTORES, con MARCIO y QUINTO aherrojados, dirigiéndose al lugar del suplicio. TITO marcha delante suplicando.

TITO

¡Oidme, padres respetables! ¡Deteneos, nobles Tribunos! ¡Apiadaos de un pobre anciano cuya juventud transcurrió en medio de peligrosas guerras, mientras vosotros dormíais en seguridad. Por toda la sangre que vertí en la gran contienda de Roma; por todas las heladas noches que pasé en vela; y por estas amargas lágrimas que en este momento veis llenar las añosas arrugas de mis mejillas, tened compasión de mis condenados hijos, cuyas almas no son tan depravadas como se cree. Nunca he llorado por mis veintidós hijos, porque murieron en el sublime lecho del honor; mas, por éstos, por éstos, Tribunos, yo escribo en el polvo *(Echándose al suelo)* con tristes lágrimas de mi alma la profunda languidez de mi corazón. Dejad que mi llanto apague la sed de la tierra árida; la sangre preciosa de mis hijos la hará enrojecer y abochornar.

Vanse los SENADORES, TRIBUNOS, etc., llevándose a los dos presos. TITO ANDRÓNICO queda solo.

¡Oh, tierra! Más te beneficiaré yo con la lluvia destilada de estas dos viejas urnas, que el joven abril con todos sus aguaceros. En la sequía del verano la dejaré caer sobre ti sin tregua, y en invierno, con mis ardientes lágrimas derretiré la nieve y mantendré en tu faz una eterna primavera, si rehusas beber la sangre de mis queridos hijos.

Entra LUCIO con la espada desnuda

¡Oh, respetables Tribunos! ¡Benévolos ancianos! Librad de sus cadenas á mis hijos; revocad la sentencia de muerte, y dejad que yo diga, yo que nunca había llorado hasta ahora, que mis lágrimas prevalecen hoy por su elocuencia.

LUCIO

¡Oh, noble padre! en vano os lamentáis. Los Tribunos no os oyen; nadie hay por aquí, y contáis vuestras cuitas á una piedra.

TITO

¡Ay, Lucio! Deja que yo interceda por tus hermanos. Graves Tribunos, una vez más os suplico...

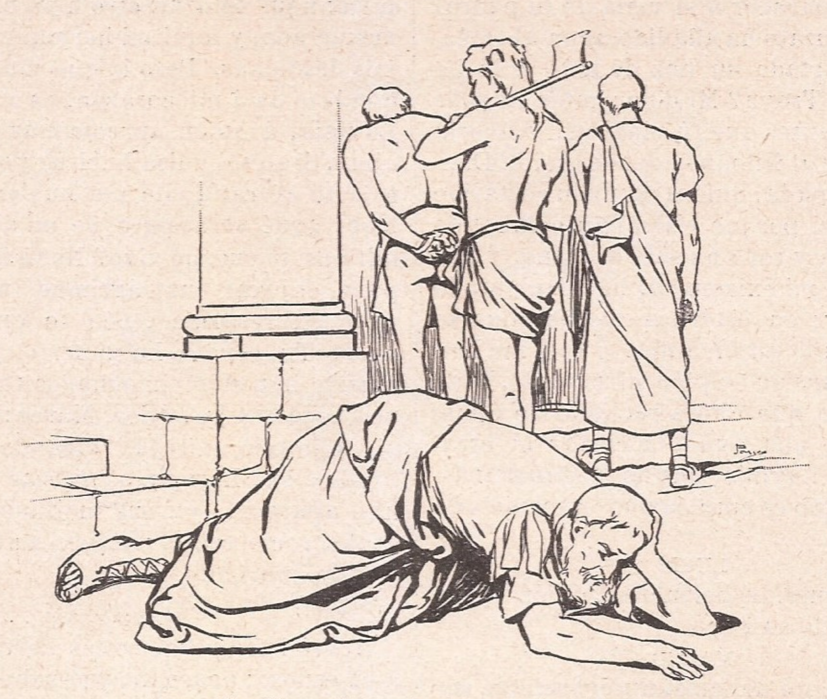
LUCIO

Bondadoso padre mío, no hay ningún Tribuno que os oiga.

TITO

¿Y qué importa, hijo mío? Si ellos me oyeran, no me prestarían atención, y aunque me prestaran atención, no se

apiadarían de mí, pues soy para ellos un ser inútil (1). Por esta razón confío mis pesares á las piedras, que si bien no pueden contestar á mi aflicción, al menos son en cierto modo mejores que los Tribunos, porque no me interrumpirán en mi triste relato. En tanto que lloro, reciben ellas humildemente á mis pies las



*(Escena I).* — Yo escribo en el polvo con tristes lágrimas...

lágrimas que yo vierto, y parecen llorar conmigo; y si tan sólo estuviesen ataviadas con respetables vestiduras, Roma no tendría ningún Tribuno que pudiera compararse con ellas. La piedra es blanda como la cera; los Tribunos son más duros que el pedernal; la piedra es callada y no ofende, mientras que los Tribunos con la lengua condenan los hombres á la muerte.

*(Se levanta)* Mas ¿por qué estás ahí con la espada desnuda?

LUCIO

Para librar de la muerte á mis dos hermanos; y por este empeño los jueces han dictado contra mí sentencia de destierro perpetuo.

TITO

¡Hombre feliz! Han sido benévolos contigo. ¡Cómo! ¿No ves tú, insensato Lucio, que Roma no es más que una guarida de tigres? Los tigres necesitan una presa, y Roma no puede ofrecerles otra que yo y los míos. ¡Cuán afortunado eres, pues, al verte desterrado lejos de esos devoradores! Pero ¿quién llega aquí con nuestro hermano Marco?

Entran MARCO y LAVINIA

MARCO

Tito, apresta tus viejos (2) ojos para llorar; de no ser así, tu noble corazón va á desgarrarse. Traigo á tu ancianidad una aflicción consumidora.

TITO

¿Me consumirá? Entonces deja que yo la vea.

MARCO

Esta era tu hija.

(1) En este pasaje se observan algunas variantes en los diferentes textos ingleses.

(2) *Aged*. En otras ediciones, *noble* (nobles).

TITO

Y lo es, Marco.

LUCIO

¡Ay de mí! Este espectáculo me mata.

TITO

Levántate, muchacho pusilánime, y mírala.—Habla, Lavinia mía, ¿qué mano maldita te ha privado de las tuyas, y así te hace aparecer á la vista de tu padre? ¿Qué insensato ha añadido agua al Océano, ó aportado un haz de leña á la incendiada Troya? Mi dolor había llegado al colmo antes que tú vinieras, y ahora, semejante al Nilo, no conoce límite. Dadme una espada; quiero también cortarme las manos, porque ellas han combatido por Roma, y todo ha sido en vano, y alimentando mi existencia, han fomentado este dolor; en estériles ruegos ellas se han elevado suplicantes, y sólo me han servido para un empleo infructuoso. Todo el servicio que ahora reclamo de ellas, es que la una ayude á cortar la otra. Bueno es, Lavinia, que no tengas manos, porque vano es emplearlas en servicio de Roma.

LUCIO

Dime, querida hermana, ¿quién te ha martirizado así?

MARCO

¡Ay! Aquel delicioso intérprete de sus pensamientos, que los expresaba con tan grata elocuencia, ha sido arrancado de la linda jaula, en donde, cual melodioso pájaro, cantaba dulces y variadas notas, hechizando todos los oídos.

LUCIO

*(A Marco)* ¡Oh! Habla tú por ella: ¿quién ha cometido tal fechoría?

MARCO

¡Ay! Así la encontré vagando por el bosque y tratando de ocultarse, como cervatilla que ha recibido una herida incurable.

TITO

Era mi amada cervatilla [1]. Quien la hirió me ha inferido mayor daño que si me hubiera matado; porque ahora me encuentro como un hombre que sobre una roca circuída por la soledad del mar, allí observa como sube la marea, ola tras ola, esperando siempre el momento en que una oleada envidiosa le tragará en sus salobres entrañas. Por este camino fueron á la muerte mis desventurados hijos; aquí está mi otro hijo, un hombre desterrado, y aquí mi hermano llorando mis desdichas. Pero lo que mayor pesadumbre da á mi corazón, es mi amada Lavinia, á quien aprecio más que á mi alma. Si en tal guisa hubiese yo visto tan sólo tu retrato, ello me hubiera vuelto loco; ¿qué será, pues, de mí ahora que miro así tu cuerpo vivo? No tienes manos para enjugar tus lágrimas, ni lengua para expresarme quién te ha martirizado. Tu esposo ha muerto, y por su muerte han sido condenados tus hermanos, muertos ya. Mira, Marco; ¡ah! Lucio, hijo mío, mírala... Cuando he nombrado á sus hermanos, nuevas lágrimas han aparecido en sus mejillas [2], como suave rocío sobre un lirio arrancado y ya casi marchito.

MARCO

Acaso llora porque ellos dieron muerte á su esposo; acaso porque sabe ella que son inocentes.

TITO

Si mataron ellos á tu esposo, regocíjate, porque la ley ha vengado en ellos su muerte. No, no; ellos no cometieron tan negra fechoría; bien lo prueba el dolor que muestra su hermana. Deja, querida Lavinia, que yo bese tus labios, ó indícame con un signo cómo puedo yo aliviar tu mal. ¿Quieres tú que tu buen tío y tu hermano Lucio, y tú, y yo vayamos á sentarnos alrededor de alguna fuente, mirando todos hacia abajo para contemplar nuestras mustias mejillas, cual praderas todavía húmedas del cenagoso limo que en ellas depositó la inunda-

(1) *My deer* (mi cervatilla), en la mayor parte de las ediciones; *my dear* (mi amada), en otras. Juego de palabras entre ambas voces que suenan de igual modo al oído.

(2) El dolor de Lavinia aumenta al oir la acusación lanzada contra sus inocentes hermanos, y el injusto castigo que acaban de sufrir.

ción? [1] ¿Y tendremos fija nuestra mirada en la fuente hasta que el agua cristalina haya perdido su fresco sabor y se convierta en una salina con nuestro amargo llanto? ¿O quieres que cortemos nuestras manos cual las tuyas? ¿O que nos cortemos la lengua con los dientes, y en mudas pantomimas pasemos el resto de nuestros aborrecidos días? ¿Qué quieres

TITO

¡Ay! ¡Marco!, ¡Marco! Bien sé hermano mío, que tu pañuelo no puede beber una sola de mis lágrimas, porque tú, infeliz, lo has empapado con las tuyas.

LUCIO

¡Ay, Lavinia mía! Voy á enjugar tus mejillas.

*Haciendo como dice.*



*(Escena I).* — Levántate, muchacho pusilánime, y mírala.

que hagamos? Deja que nosotros, que conservamos nuestra lenguas, fragüemos algún plán de mayor desdicha, para hacer de nosotros el asombro de los futuros tiempos.

LUCIO

Padre querido, atajad vuestras lágrimas; pues ved como vuestro dolor arranca lágrimas y sollozos á mi desgraciada hermana.

MARCO

Sosiégate, amada sobrina. Buen Tito, seca tus lágrimas.

*Enjuga con su pañuelo las lágrimas de Tito.*

(1) Según dice Mr. Churton Collins *(Studies in Shakespeare)*, este pasaje es una exacta descripción de una pradera del Warwicksire después de una inundación.

TITO

¡Mira, Marco, mira! Yo entiendo los signos que hace ella; si tuviera lengua para hablar, diría ahora á su hermano lo que yo acabo de expresarte: que su pañuelo humedecido todo él con sus sinceras lágrimas, no puede servir para sus tristes mejillas. ¡Oh! ¡Qué simpatía en el dolor es ésta, tan distante del remedio como el limbo lo está del paraíso!

**Entra AARÓN**

AARÓN

Tito Andrónico, mi señor el Emperador manda á decir que, si tú amas á tus hijos, uno de vosotros, sea Marco, Lucio, ó tu mismo, viejo Tito, no tenéis más que cortaros la mano y enviarla al rey; y él, por

este solo hecho, te devolverá vivos tus dos hijos. Esto será el rescate de su falta.

TITO

¡Oh, generoso emperador! ¡Oh, benévolo Aarón! ¿Cantó jamás el cuervo[1] así como la alondra, que con sus dulces trinos anuncia la salida del sol? De todo corazón enviaré al emperador mi mano Buen Aarón, ¿quieres ayudarme á cortármela?

LUCIO

¡Tente, padre mío! Esa tu noble mano que ha hecho morder el polvo á tantos enemigos, no será enviada al emperador. La mía servirá para el caso Mi juventud puede mejor que tú privarse de su sangre, y mi mano ha de salvar la vida de mis hermanos.

MARCO

¿Cuál de vuestras manos no ha defendido á Roma y blandió la sangrienta hacha de guerra, escribiendo destrucción en el castillo del enemigo? ¡Ah! No hay una sola de vuestras manos que no haya adquirido altos merecimientos; sólo la mía ha permanecido ociosa; sirva, pues, para rescatar de la muerte á mis dos sobrinos, y así la habré conservado para un digno fin.

AARÓN

Dejaos de discusiones, y decidid de una vez cuál de vuestras manos ha de caer; no sea que mueran ellos antes no llegue su perdón.

MARCO

La mía ha de caer.

LUCIO

¡Viven los cielos! No será la vuestra.

TITO

No porfiéis más, amigos; unas hierbas marchitas como éstas *(mostrando sus manos)* no son buenas más que para arrancarlas. Así, pues, será la mía.

LUCIO

Querido padre, si he de ser tenido por hijo tuyo, dejad que yo redima de la muerte á mis hermanos.

(1) Alusión al color del «Moro».

MARCO

Y por el amor de nuestro padre y los desvelos de nuestra madre, permite ahora que te muestre el afecto de un hermano.

TITO

Decididlo entre vosotros; yo quiero salvar mi mano.

LUCIO

Entonces voy á buscar el hacha.

MARCO

Pero yo la emplearé.

Vanse LUCIO y MARCO.

TITO

Llégate acá, Aarón; voy á engañarles á los dos. Préstame tu mano, y yo te daré la mía.

AARÓN

*(Aparte)* Si á eso llaman engaño, yo quiero ser honrado y no engañar nunca así á los hombres, mientras viva. Mas voy á engañaros de otra suerte, y esto lo veréis antes de media hora.

*Corta la mano izquierda de Tito.*

Entran de nuevo LUCIO y MARCO

TITO

Cesad ahora en vuestra porfía; lo que debía ser, hecho está.—Buen Aarón, entrega mi mano á su majestad. Dile que es una mano que le ha preservado de mil peligros; ruégale que la entierre. Más ha merecido ella; que le concedan esto, al menos. En cuanto á mis hijos, diles que los considero como joyeles comprados á bajo precio, pero aun así son caros en demasía, pues he comprado lo que era mío.

AARÓN

Me voy, Andrónico. A trueque de tu mano, espera tener pronto tus hijos contigo *(Aparte)* Sus cabezas, quiero decir. ¡Ah! ¡Cómo me embriaga de placer esta felonía, con su sola idea! Hagan bien los necios, y pidan gracia los hombres de blanca tez; Aarón quiere tener el alma tan negra como el rostro.

Vase.

TITO

*(Arrodillándose)* ¡Oh! Aquí levanto al cielo mi única mano, é inclino hacia la

tierra esta débil y ruina. Si hay algún poder que se conduela de las lágrimas de un desdichado, á él yo invoco.

(*A Lavinia que se arrodilla*) ¡Cómo! ¿Quieres tú arrodillarte conmigo? Hazlo, pues, corazón querido, porque el cielo escuchará nuestras plegarias, ó bien con nuestros suspiros obscureceremos el firmamento y empañaremos con su bruma el sol, como hacen las nubes cuando á veces lo envuelven en su seno húmedo.



(*Escena I*). — Préstame tu mano, y yo te daré la mía.

MARCO

¡Oh, hermano mío! No hables de lo imposible, y no caigas en tan profundos extremos.

TITO

¿No es acaso profundo mi dolor, ya que no tiene fondo? Pues, como él, no tengan fondo mis delirios.

MARCO

Mas, con todo, deja que tu razón gobierne tus lamentos.

TITO

Si razón hubiera para estas desdichas, entonces podría poner un dique á mis pesares. ¿Acaso no se inunda la tierra cuando llora el cielo? ¿Si los vientos desatan sus iras, no se vuelve el mar furioso, amenazando al cielo con su faz turgente? ¿Y quieres tú imponer razón en este caos? Yo soy el Océano; escucha como sopla el viento de sus suspiros; ella es el cielo que llora, yo soy la tierra; es menester, pues, que mi Océano se alce agitado por los suspiros de ella; fuerza es que mi tierra, con el diluvio, de sus incesantes lágrimas, quede sumergida é inundada; y puesto que mis entrañas no pueden mantener ocultos sus pesares, á semejanza de un beodo, he de vomitarlos. Dejadme, pues, ya que á los perdidosos se les permite desahogar su pecho con amargas invectivas.

Entra un MENSAJERO llevando dos cabezas y una mano

MENSAJERO

Digno Andrónico, mal te han pagado esa preciosa mano que enviaste al Emperador. He aquí las cabezas de tus dos nobles hijos, y he aquí tu mano que te devuelven por escarnio. Tus angustias son recreo para ellos: tu resolución es objeto de sus burlas. Más me apena el pensamiento de tus penas, que el recuerdo de la muerte de mi padre.

Vase.

MARCO

¡Enfríese ahora en Sicilia el Etna ardiente, y sea mi corazón un infierno siempre en ascuas! Estas desdichas son más que soportables. Llorar con quienes lloran procura algún alivio; mas dolor escarnecido es doble muerte.

LUCIO

¡Ah! ¡Que tal espectáculo produzca la herida más profunda, sin que por ella se escape la vida aborrecida! ¡Que la muerte permita á la vida llevar su nombre, cuando la vida no tiene más interés que el respirar!

*Lavinia besa á Tito.*

MARCO

¡Ay, pobre corazón! Este beso es sin consuelo, como agua helada para una culebra que se muere de hambre.

TITO

¿Cuándo acabará esta horrenda pesadilla?

MARCO

¡Adiós, ahora, ilusiones! Muere, Andrónico; tú no sueñas. Mira las cabezas de tus dos hijos; mira aquí tu mano bélica; aquí tu hija mutilada; he aquí á tu otro hijo proscrito, á quien este atroz espectáculo ha puesto pálido y exangüe; y he aquí á tu hermano, á mí, lo mismo que una pétrea estatua, frío, inmóvil. ¡Ah! No intentaré yo ahora moderar tus duelos. ¡Arranca tus plateados cabellos, desgarra con los dientes tu otra mano, y cierre para siempre tan horrible espectáculo nuestros gimientes ojos! Ahora es tiempo para la tormenta; ¿por qué permaneces, pues, tranquilo?



*(Escena I).* — ¿Cuándo acabará esta horrenda pesadilla?

TITO

¡Ja, ja, ja! (1)

MARCO

¿Por qué te ríes? Mal parece tu risa en este trance.

TITO

¡Qué quieres! No me resta ya por de-

(1) La brusca transición que representa esta risa, es un indicio de que la mente de Tito ha concebido el plan de venganza que en la sucesiva acción del drama se desarrolla.

rramar ni una sola lágrima. Por otra parte, este dolor es un enemigo que pretende apoderarse de mis húmedos ojos y cegarlos con el tributo de sus lágrimas; y entonces ¿cómo hallaría yo el camino del antro de la Venganza? Porque estas dos cabezas parece que me están hablando y me amenazan con no llegar yo jamás á la ventura hasta que todas esas ruindades se hayan devuelto á la garganta misma de quienes las cometieron. Ea, veamos lo que debo hacer. Vosotros, mis abrumados deudos, circundadme, para que, dirigiéndome á cada uno de vosotros, pueda yo jurar por mi alma que vengaré vuestros ultrajes. El juramento está hecho. *(A Marco)* Ven, hermano, toma una de estas cabezas, y con esta mi mano yo llevaré la otra. Lavinia, tú también serás empleada en la tarea: lleva tú, querida hija, mi mano entre tus dientes. *(A Lucio)* En cuanto á ti, hijo mío, aléjate de mi vista; eres un desterrado, y no puedes quedarte aquí. Corre al país de los godos, y levanta allí un ejército; y si tú me amas, según creo, démonos un abrazo y separémonos, porque hay mucho que hacer por nuestra parte.

Vanse TITO, MARCO y LAVINIA.

LUCIO

Adiós, Andrónico, mi noble padre; el hombre más infortunado que nunca vivió en Roma. Adiós, soberbia Roma. Hasta su regreso, Lucio deja [1] aquí sus prendas, más caras que su propia vida. Adiós, Lavinia, mi noble hermana. ¡Oh! ¡Si tú pudieras volver á ser lo que eras! Pero ahora Lucio y Lavinia no viven sino en el olvido y en execrables angustias. Si Lucio vive, os desquitará de vuestros ultrajes, y obligará al arrogante Saturnino y á su esposa, la Emperatriz, á mendigar, como Tarquino y su reina á las puertas de Roma. Ahora me dirijo al país de los godos y levantaré allí un poderoso ejército para vengarme de Roma y de Saturnino.

Vase.

## ESCENA II

**Comedor de la casa de Tito, con la cena dispuesta**

Entran TITO, MARCO, LAVINIA y EL JOVEN LUCIO, sentándose á la mesa

TITO

Bien, bien. Ahora sentémonos, y cuidad de no comer más que lo preciso para conservar las fuerzas que necesitamos para vengar nuestras amargas desdichas. Marco, desata ese nudo formado por las penas. Tu sobrina y yo, pobres criaturas, nos vemos privados de nuestras manos y no podemos expresar la cruz de nuestra angustia con cruzar de brazos [2]. Sólo me queda esta pobre mano derecha para torturar mi pecho; y cuando mi corazón, loco de angustia, palpita en esta profunda mazmorra de mi carne, entonces le reprimo así.

*Golpeándose el pecho.*

*(A Lavinia)* Y tú, imagen [3] de dolor, que así hablas por medio de signos, cuando tu pobre corazón palpita con furiosos latidos, no puedes golpearle de esta suerte para sosegarlo. Hiérele con tus suspiros, hija mía, anonádale con tus gemidos, ó bien coge entre tus dientes un pequeño cuchillo y haz una herida que vaya al corazón, para que todas las lágrimas que dejen caer tus tristes ojos se precipiten en tal vertedero é, inundándolo, ahoguen en salobre llanto al loco plañidero.

MARCO

¡Por favor, hermano mío! No la instruyas de este modo á llevar mano violenta contra su tierna vida.

TITO

¡Qué dices! ¿Te hace chochear ya el sufrimiento? Oye, Marco, nadie ha de estar loco sino yo. ¿Qué violenta mano tie-

(1) *Leaves; loves* (ama), en el Folio I. Esta enmienda de Rowe ha sido adoptada por la mayor parte de los editores modernos.

(2) *Our tenfold griefs with folded arms*, en el original, conteniendo un retruécano intraducible literalmente, entre *tenfold* lit. «diez veces doblados» y *folded*, «doblados».

(3) Lit. «mapa», en el sentido figurado de expresión gráfica.

ne ella para llevar contra su vida! ¡Ah! ¿Por qué pronuncias el nombre de mano? Esto es incitar á Eneas á relatar dos veces el incendio de Troya y sus propias desventuras. No toques, ¡ay!, tal tema, no hables de manos, para que no recordemos ya que estamos faltos de ellas. Mas, ¡qué digo! ¡Qué delirantes palabras estoy profiriendo, como si pudiésemos olvidar que no tenemos manos, aun cuando Marco se abstuviera de nombrarlas! Ea, empecemos á comer. Tú, hija mía, come esto. Aquí no hay de beber. Escucha, Marco, lo que ella dice; yo sé interpretar todos sus signos de martirio. Dice que no puede beber otra bebida más que lágrimas fermentadas con sus penas y en sus mejillas amasadas [1]. ¡Oh, tú, que expresas silenciosas quejas! Yo estudiaré tus pensamientos; en tus mudos ademanes estaré yo tan versado como los eremitas mendicantes lo están en sus santas preces. No exhalarás un suspiro, no elevarás al cielo tus brazos mutilados, no harás un movimiento con los ojos ni con la cabeza, no doblarás las rodillas ni harás signo alguno, que con todo ello no llegue yo afanosamente á formar un alfabeto, y á fuerza de práctica no aprenda á conocer lo que intentas expresar.

EL NIÑO LUCIO

*(Sollozando)* Buen abuelito; deja esos amargos y profundos lamentos. Alegra á mi tía con un cuento bonito.

MARCO

¡Ay! Esa tierna criatura, movida á compasión, llora al ver la pesadumbre de su abuelo.

TITO

Sosiégate, tierno vástago; estás hecho de lágrimas, y las lágrimas disolverán en breve tu existencia.

*Marco da un golpe en el plato con un cuchillo.*

¿Qué hieres, Marco, con tu cuchillo?

MARCO

Una mosca, hermano, que he matado.

(1) Esta figura retórica está inspirada en las manipulaciones propias de la fabricación de la cerveza.

TITO

¡Caiga sobre ti el oprobio, asesino! Tú matas mi corazón. Mis ojos están hartos de ver tiranías. Un acto mortífero cometido en un ser inocente, sienta mal á un hermano de Tito. Vete; no eres bueno para mi compañía.

MARCO

¡Ay, señor! No hice sino matar una mosca.

TITO

Pero ¿y si tal mosca tenía padre y madre? ¡Cómo desplegarían sus tenues alas de oro y con su zumbido exhalarían sus quejas en el aire! ¡Pobre mosca inofensiva, que con su grato y melodioso murmurio vino aquí para regocijarnos! ¡Y tú la mataste!...

MARCO

Perdóname, hermano; era un negro y feo moscardón, muy semejante al Moro de la Emperatriz. Por esto lo he matado.

TITO

¡Oh, oh! Entonces perdóname por haberte reprendido, puesto que has hecho una piadosa obra. Dame tu cuchillo, que quiero cebarme en el insecto, haciéndome la ilusión de que es el Moro venido aquí de intento para envenenarme. *(Golpeando el plato con un cuchillo)* Toma; este golpe es para ti, y este para Tamora. ¡Ah, bergante! — Con todo, no creo que nos hayamos degradado hasta el extremo que no podamos entre los dos matar una mosca que se presenta semejante á un Moro negro como el carbón.

MARCO

¡Ay, infeliz! La aflicción ha obrado de tal modo en él, que toma las sombras vanas por objetos reales.

TITO

¡Vaya! Dejemos la mesa. — Lavinia, ven conmigo. Voyme á tu aposento á leer contigo tristes historias acaecidas en antiguos tiempos. Ven, niño, ven conmigo. Tu vista es joven, y tú leerás cuando la mía empiece á nublarse.



# ACTO CUARTO

## ESCENA PRIMERA

**Roma.—Jardín de Tito**

**Entran el JOVEN LUCIO y LAVINIA corriendo tras él; el niño huye de ella, con unos libros bajo del brazo. Luego entran TITO y MARCO.**

EL JOVEN LUCIO

¡Socorro, abuelo, socorro! Mi tía Lavinia me está siguiendo por doquiera, no sé por qué. Ved, buen tío Marcio, ved cuán de prisa viene. ¡Ay!, querida tía, yo no sé lo que queréis.

MARCO

Quédate á mi lado, Lucio; no temas á tu tía.

TITO

Ella te quiere, hijito, te quiere demasiado para hacerte daño.

EL JOVEN LUCIO

Sí, cuando mi padre estaba en Roma, ella bien me quería.

MARCO

¿Qué quiere expresar con estos signos mi sobrina?

TITO

No temas, Lucio; algo querrá decir. Mira, Lucio, mira cómo te acaricia. Desea que vayas con ella á alguna parte. ¡Ah, hijo mío! Jamás puso Cornelia [1] mayor esmero en educar á sus hijos, que el que puso ella cuando te enseñaba la dulce poesía y el *Orador* de Cicerón.

MARCO

¿No puedes adivinar por qué razón te insta de tal modo?

EL JOVEN LUCIO

Señor, no lo sé, ni puedo adivinarlo; como no sea que esté atacada de un acceso de delirio, pues muchas veces he oído decir á mi abuelo que las penas extremas volvían locos á los hombres; y he leído que Hécuba de Troya enloqueció de angustia. Esto es lo que temo, aunque sé bien, señor, que mi noble tía me ama tan tiernamente como jamás me amó mi madre, y no asustaría á un niño como yo, si no fuera en un acceso de locura. Esto es lo que me ha hecho tirar los libros y echar á correr, acaso sin motivo. Mas perdóname, amada tía; sí, señora, si viene mi tío Marco, con mucho gusto os acompañaré.

MARCO

Que me place, Lucio.

*Lavinia revuelve con sus muñones los libros que Lucio ha dejado caer.*

TITO

¿Qué es eso, Lavinia? ¿Marco, qué significa eso? Algún libro hay aquí que ella desea ver. ¿Cuál de esos es, hija mía?—Abrelos, hijo.—Pero tú estás más instruída y mejor educada. Ven, y elige entre

(1) Hija de Escipión *el Africano* y madre de los Gracos, famosa por la severa educación que les dió.

todos los libros de mi biblioteca, y engaña así tu pesadumbre, hasta que los cielos descubran el maldito autor de esta maldad—¿Por qué levanta ella así los brazos, uno tras otro?

MARCO

Creo quiere dar á entender que había más de uno implicado en el crimen. Sí; había más de uno. O quizás eleva sus brazos al cielo implorando venganza.

TITO

Lucio, ¿qué libro es ése que ella hojea de este modo?

EL JOVEN LUCIO

Las *Metamorfosis* de Ovidio. Mi madre me lo dió.

MARCO

Tal vez por amor á la que no existe ya, eligió ella este libro entre los restantes.

TITO

¡Calla! Ved con qué afán vuelve ella las hojas!

*(Ayudando á Lavinia en su tarea)* (1) ¿Qué estará buscando?—¿Quieres que yo lea, Lavinia? Esta es la trágica historia de Filomela, y relata la traición de Tereo y cómo ella fué violada (2), y la violación, según temo, fué el origen de tus desdichas.

MARCO

Mira, hermano, mira con que atención mira las hojas.

TITO

Lavinia, hija mía, ¿acaso fuiste así sorprendida, arrebatada y ultrajada, como fuélo Filomela, forzada en los vastos bosques, sombríos é insensibles? Veamos, veamos. Sí, hay un paraje como éste, allí donde fuimos á cazar. ¡Ay! ¡Ojalá que nunca, nunca hubiésemos cazado allí! Paraje muy semejante al que aquí describe el poeta, que parece por la naturaleza dispuesto para el asesinato y la violación.

MARCO

¡Ah! ¿Por qué la naturaleza labra un antro tan espantoso, á menos que los dioses se complazcan en tragedias?

TITO

Haznos algún signo, hija querida, pues aquí no hay sino amigos. ¿Qué señor romano se atrevió á cometer tal acto? ¿No se alejó Saturnino furtivamente, como en otro tiempo Tarquino, al abandonar el campo para mancillar el lecho de Lucrecia?

MARCO

Siéntate, amada sobrina; hermano mío, toma asiento á mi lado. ¡Apolo, Palas, Júpiter, Mercurio, inspiradme para que pueda descubrir este acto aleve! Hermano, mira aquí; mira aquí, Lavinia. Este suelo arenoso es llano; guía, si puedes, este bastón como yo hago.

*Escribe su nombre en la arena con su bastón, guiándolo con los pies y con la boca.*

He escrito mi nombre sin auxilio de mano alguna. ¡Maldito sea el corazón que nos ha forzado á recurrir á tales medios! Escribe tú, mi buena sobrina, y revela aquí, por fin, lo que Dios quiere que se descubra para tomar venganza. ¡Guíe el cielo tu pluma para grabar con claridad tus infortunios, á fin de que podamos conocer á los traidores y descubrir la verdad!

*Lavinia coge el bastón entre sus dientes, lo dirige con sus muñones, y escribe.*

TITO

¡Oh! ¿Leéis, señor lo que ella ha escrito?

«Estupro. Quirón. Demetrio.»

MARCO

¡Qué!, ¡qué! ¡Los impúdicos hijos de Tamora, autores de este acto sangriento, abominable!

TITO

Magne dominator poli,
Tam lentus audis scelera? tam lentus vides? (3)

(1) En lugar de esta acotación se lee en el Folio I; como formando parte del diálogo: *Helpe her* (ayudémosla).

(2) Véase Act. II, Esc. IV, nota 3, pág. 670.

(3) Versos latinos dé la tragedia *Hipólito* de Séneca: «Gran dominador de los cielos, ¿puedes oir, puedes ver esos crímenes con tanta indiferencia?» — Exclamación de Hipólito cuando Fedra descubre el secreto de su incestuosa pasión.

MARCO

¡Sosiégate, noble señor! Aunque bien conozco que lo que hay escrito en el suelo es bastante á mover una revuelta en el más apacible de los ánimos y á excitar la indignación en el alma de un niño.—Hermano, arrodíllate conmigo; de rodillas, Lavinia; arrodíllate también, tierno niño, esperanza del romano Héctor [1]. Jurad conmigo, como en otro tiempo por la violación de Lucrecia juró Junio Bruto juntamente con el desdichado esposo y con el padre de aquella casta dama deshonrada,—jurad, digo, que con perfecto acuerdo llevaremos á cabo una mortal venganza sobre esos traidores godos, y que veremos correr su sangre, ó moriremos sumidos en la afrenta.

TITO

Bastante seguro sería ello, si supiésemos cómo intentarlo. Pero si dais caza á tales oseznos, andad con cautela. Su madre estará al acecho, y si una vez llega á olfatearos, pensad que está estrechamente ligada con el león [2] y le arrulla, mientras juega echada de espaldas, y en tanto él duerme, hace ella cuanto se le antoja. Tú eres, Marco, un novel cazador. Dejadme hacer, y venid; yo voy á procurarme una planchita de cobre y con una punta de acero escribiré en ella estas palabras para tenerlas en reserva: «El furioso cierzo dispersará esos granos de arena [3] como las hojas de la Sibila, y ¿qué será entonces de vuestra lección?» ¿Qué dices tú á eso, niño?

EL JOVEN LUCIO

Digo, señor, que si yo fuera un hombre, la alcoba de su madre no estaría segura para esos malvados sujetos al yugo de Roma.

MARCO

Sí. ¡He aquí un bravo muchacho! Tu padre con mucha frecuencia ha obrado de igual modo por su patria ingrata.

EL JOVEN LUCIO

Y yo, así me portaré, tío, si vivo.

TITO

Vaya, vente conmigo á mi armería. Lucio, voy á proveerte de lo necesario, y luego, hijo mío, llevarás de mi parte á los hijos de la Emperatriz unos presentes que yo tengo que enviarles. Ven, ven. Cumplirás tu mensaje, ¿no es verdad?

EL JOVEN LUCIO

Sí, abuelo, con mi puñal en sus pechos.

TITO

No, hijo mío, no. Ya te enseñaré otro camino. Ven, Lavinia. Marco, vigila mi casa. Lucio y yo iremos á bravear en la corte. Sí, á fe, lo haremos, y no nos faltará cortejo.

Vanse TITO, LAVINIA y el joven LUCIO.

MARCO

¡Oh, cielos! ¿Podéis escuchar los gemidos de un hombre de bien, sin enterneceros ni apiadaros de él? Marco, sigue en su delirio á ese desventurado que tiene más cicatrices de dolor en su corazón que señales de armas enemigas en su abollado escudo, y á pesar de todo, tan justo es que no quiere vengarse. ¡Cielo, encárgate de vengar al anciano Andrónico!

Vase.

## ESCENA II

**Roma.—Un salón del palacio imperial**

Entran por una puerta AARÓN, DEMETRIO y QUIRÓN; y por otra, el joven LUCIO y un CRIADO con un haz de armas en las cuales hay escritos unos versos.

QUIRÓN

Demetrio, aquí está el hijo de Lucio; lleva un mensaje para nosotros.

AARÓN

Sí, algún loco mensaje de su loco abuelo.

EL JOVEN LUCIO

Señores, con toda la humildad de que soy capaz, saludo á vuestras mercedes de parte de Andrónico.

*(Aparte)* ¡Y ruego á los romanos dioses que os confundan á los dos!

(1) El niño Lucio era la esperanza de su desterrado padre, á quien Marco compara con el arrojado y temible caudillo troyano.

(2) Alusión al emperador Saturnino.

(3) La arena en la cual Lavinia había escrito los nombres de sus martirizadores.

DEMETRIO

Muchas gracias, amable Lucio. ¿Qué hay de nuevo?

EL JOVEN LUCIO

*(Aparte)* Que los dos habéis sido descubiertos como infames reos de una violación: esto es lo que hay de nuevo.

*(Alto)* Si ello os place, mi abuelo, bien avisado, os envía por conducto mío las más excelentes armas de su arsenal para gratificar vuestra honorable juventud, esperanza de Roma, pues así me ha encargado lo dijera, y así lo hago, y presento estos dones á sus señorías, á fin de que, cuando sea necesario, estéis bien armados y dispuestos, y con esto me despido de vosotros dos, *(Aparte)* cual de villanos sanguinarios.

Vanse el joven LUCIO y el CRIADO.

DEMETRIO

*(Revolviendo el haz de armas)* ¿Qué hay aquí? Un rollo; y está escrito todo alrededor. Veamos:

Integer vitæ, scelerisque purus,
Non eget Mauri jaculis, nec arcu (1).

QUIRÓN

¡Oh! Esto es un verso de Horacio. Lo conozco bien. Hace tiempo que lo leí en la gramática.

AARÓN

Sí, justamente, un verso de Horacio. Muy bien; lo acertasteis.

*(Aparte)* ¡Vaya! ¡Lo que es ser un asno! ¡No es esa una broma inocente! El viejo ha descubierto su delito, y les envía armas envueltas con versos, que les hieren en lo vivo, sin ellos sentirlo. Mas si nuestra sagaz Emperatriz estuviese levantada, aplaudiría la idea de Andrónico. Pero dejémosla descansar algún tiempo en su inquietud.

*(Alto)* Y bien, jóvenes señores, ¿no fué una feliz estrella la que nos condujo á Roma, á nosotros, extranjeros, y peor que eso, cautivos, para vernos encumbrados á tales alturas? Yo tuve el gusto, ante la puerta del palacio, de insultar al Tribuno (2) en presencia de su hermano.

DEMETRIO

Mayor gusto tuve yo al ver á un tan grande señor rastreramente halagándonos y enviándonos presentes.

AARÓN

¿Acaso no tiene motivo para ello, señor Demetrio? ¿No tratasteis vos á su hija muy amigablemente?

DEMETRIO

Ojalá tuviésemos mil damas romanas á núestra disposición, para satisfacer con ellas, una tras otra, nuestra lascivia.

QUIRÓN

Es un caritativo anhelo y lleno de amor.

AARÓN

No falta aquí más que vuestra madre para decir amén.

QUIRÓN

Y esto lo diría ella por veinte mil más de ellas.

DEMETRIO

Venid; vamos á rogar á todos los dioses por nuestra querida madre que está con sus dolores.

AARÓN

*(Aparte)* Rogad á los diablos; los dioses nos han abandonado.

*Toque de trompetas dentro.*

DEMETRIO

¿Por qué las trompetas imperiales suenan así festivas? (3)

QUIRÓN

Tal vez en señal de jubilo por tener un hijo el Emperador.

DEMETRIO

¡Atención! ¿Quién llega aquí?

Entra una NODRIZA llevando en brazos un niño negro

NODRIZA

Buenos días, señores. ¡Oh! Decidme: ¿habéis visto al Moro Aarón?

(1) Primeros versos de una oda de Horacio (Libro I, 22). He aquí su traducción: «El hombre de vida intachable y exento de crimen, no tiene necesidad del arco ni de las flechas del Moro.

(2) Marco Andrónico, hermano de Tito.

(3) *Flourish thus*, en el original. Cf. sobre el verbo *flourish*, MACBETH, pág. 12, nota 2.

AARÓN

Sí; poco más ó poco menos, ó siquiera sea un ápice, aquí está Aarón. ¿Y qué quieres tú ahora de Aarón?

NODRIZA

¡Oh, querido Aarón! ¡Estamos todos perdidos! Ven al punto á ayudarnos, ó la desdicha te confunde para siempre.

AARÓN

¡Vive Dios! ¿Qué zambra estás armando? ¿Qué es eso que manoseas y envuelves en tus brazos?

NODRIZA

¡Oh! Lo que yo quisiera ocultar á la vista de los cielos; el oprobio de la emperatriz y la afrenta de la soberbia Roma. Ya salió de cuidado, señores, ya salió.

AARÓN

¿Qué?

NODRIZA

Quiero decir que ha parido y está guardando cama.

AARÓN

Bien está. ¡Que Dios le dé un buen descanso! ¿Y qué ha dado á luz?

NODRIZA

Un demonio.

AARÓN

¡Toma! Entonces es ella la madre del demonio. ¡Deliciosa prole!

NODRIZA

Di una deplorable, funesta, negra y desgraciada ralea. Aquí está el chiquillo, repugnante como un sapo, en medio de las más hermosas criaturas de nuestro clima. La emperatriz te lo envía, como estampa é imagen tuya que es, y te ordena que lo bautices con la punta de tu daga.

AARÓN

¡Mil rayos, mala ramera! ¿Tan vil color es el negro? —Por cierto, querido mofletudo, que eres una linda flor.

DEMETRIO

¡Miserable!, ¡qué has hecho!

AARÓN

Lo que no puedes tú deshacer.

QUIRÓN

Tú has perdido á nuestra madre.

AARÓN

Villano, yo la he ganado [1] á tu madre.

DEMETRIO

Y con ello, perro infernal, tú la perdiste. ¡Desgraciada sea la suerte suya, y condenada sea su abominable elección! ¡Maldito sea el fruto de tan feo demonio!

QUIRÓN

No vivirá.

AARÓN

No morirá.

NODRIZA

Es preciso, Aarón. La madre así lo quiere.

AARÓN

¡Cómo! ¿Es preciso, nodriza? En este caso, que ningún hombre sino yo se encargue de inmolar mi propia carne y sangre.

DEMETRIO

Ensartaré al renacuajo en la punta de mi espada. Dámelo, nodriza; pronto le despachará mi acero.

AARÓN

*(Tomando el niño de brazos de la nodriza y echando mano á la espada)* Más pronto con esta espada habré arado tus entrañas —¡Teneos, miserables asesinos! ¿Intentáis matar á vuestro hermano? ¡Ah! Por los ardientes luminares del cielo, que tan brillantes lucían cuando este niño fué engendrado, morirá atravesado por la aguda punta de mi cimitarra aquel que llegue á tocar á este mi heredero y primogénito. Y os aseguro, rapazuelos, que ni Encélado [2] con toda su formidable gavilla de hijos de Tifón [3], ni el gran Alcides [4], ni el dios mismo de la guerra arrebatarán esta presa de

(1) *I have done*, en el original, aliteración con el verbo *undone* (perdido) de la precedente réplica de Quirón.

(2) Uno de los titanes que se rebelaron contra Júpiter. Fué aprisionado bajo el Etna, y con sus estremecimientos producía las sacudidas de este monte.

(3) Titanes que declararon la guerra á los dioses del Olimpo.

(4) Otro nombre de Hércules.

las manos de su padre. Desengañaos, vosotros, mozuelos sanguinarios y de mezquino corazón, vosotros, muros blanqueados con cal, pintadas muestras de taberna, el negro de carbón es preferible á cualquier otro color, por lo mismo que desdeña tomar otro matiz; puesto que toda el agua del Océano jamás llega á blanquear las negras patas del cisne, por más que á todas horas las lave en el oleaje. Decid de mi parte á la Emperatriz que ya soy mayor de edad para guardar lo mío, y que lo excuse como pueda.

DEMETRIO

¿Pretendes así hacer traición á tu augusta dueña?

AARÓN

Mi señora es mi señora; y este infante es yo mismo; el vigor y el retrato de mi juventud. Le prefiero á todo el mundo, y á despecho de todo el mundo yo le tendré á salvo, ó algunos de vosotros sufrirán las consecuencias de ello en Roma.

DEMETRIO

Por ese infante nuestra madre queda para siempre deshonrada.

QUIRÓN

Roma la despreciará por ese torpe desliz.

NODRIZA

Y el Emperador, en su cólera, va á condenarla á muerte.

QUIRÓN

Me sonrojo al pensar en su ignominia.



*(Escena II).* — ¡Teneos, miserables asesinos

AARÓN

¡Ah! Ved ahí el privilegio de vuestra belleza. ¡Qué asco! Un tinte traidor que descubre, gracias al bochorno, los más recónditos secretos y avisos del corazón. He aquí un chiquillo de otro color. Ved como el negro picaroncito sonríe á su padre cual si quisiera decir: «Viejo amiguito, yo soy cosa tuya». Es vuestro hermano, señores, manifiestamente nutrido de la misma sangre que os dió antes la vida; y de aquel mismo vientre que os llevó aprisionados, ha sido puesto en libertad y dado á luz. No hay duda; es vuestro hermano por la parte más segura, aunque su rostro tenga mi sello impreso.

NODRIZA

Aarón, ¿qué diré yo á la Emperatriz?

DEMETRIO

Reflexiona, Aarón, sobre lo que debe hacerse, y todos nosotros subscribiremos tu dictamen. Salva al niño, con tal que todos quedemos en salvo.

AARÓN

Sentémonos, pues, y deliberemos todos juntos. Mi hijo y yo desde aquí os dominaremos (1); quedaos ahí. Ahora hablemos á discreción de vuestra seguridad.

*Se sientan.*

DEMETRIO

¿Cuántas mujeres han visto al niño?

AARÓN

¡Así me gusta, bravos señores! Cuando nos juntamos en buena armonía, yo soy un cordero; pero si vais con bravatas al Moro, al irritado jabalí, á la leona montaraz, no alcanzan los furores del Océano á las explosiones de la cólera de Aarón. Mas volvamos al caso: ¿cuántos vieron al niño?

NODRIZA

La comadrona Cornelia y yo, y nadie más, sin contar la Emperatriz que le echó al mundo.

AARÓN

La Emperatriz, la comadrona y tú... Dos pueden guardar un secreto cuando no hay un tercero (2). Ve á encontrar á la Emperatriz y cuéntale esto que he dicho.

*Mata á la Nodriza.*

«Uek, uek», así grita el lechón dispuesto para el asador.

DEMETRIO

¿Qué intentas, Aarón? ¿Por qué hiciste eso?

AARÓN

¡Oh, señor! Es un acto de prudencia. Una comadre charlatana con una lengua tan larga ¿había de vivir para revelar nuestro delito? No, señores, no. Y sabed ahora todo mi plán. No lejos de aquí vive un tal Muli (3), paisano mío; su esposa dió á luz ayer mismo un niño que se parece á ella, blanco cual vosotros. Concertaos con él, ofreced oro á la madre y relatad á ambos todos los detalles del caso, y como por tal medio su hijo medrará y será acogido como heredero del Emperador. Ocupará el lugar del mío para calmar esa tempestad que se cierne sobre la corte, y haremos que el Emperador le mime como si fuera su hijo propio. ¿Me entendéis, señores? Ya veis como le di su medicina *(Señalando á la Nodriza)*, y ahora es preciso que vosotros os ocupéis de su entierro. El campo no está lejos y vosotros sois unos gallardos mozos. Hecho esto, ved de no perder tiempo, y enviadme al punto la comadrona. Una vez eliminadas debidamente la comadrona y la nodriza, dejad que las dos señoras charlen á su sabor.

QUIRÓN

Veo, Aarón, que tú no quieres confiar secretos al viento.

DEMETRIO

Por tu solicitud en beneficio de Tamora, ella y los suyos te quedan profundamente obligados

Vanse DEMETRIO y QUIRÓN llevándose el cadáver de la NODRIZA.

AARÓN

Ahora corramos hacia los godos con la celeridad con que vuela la golondrina, para depositar allí el tesoro que tengo en mis brazos y avistarme en secreto con los amigos de la Emperatriz. Vamos, jetudo bribonzuelo, voy á sacarte de aquí, porque eres tú quien nos obliga á apelar á tales tretas. Yo te haré sustentar con frutos silvestres y raíces; te haré nutrir con requesón y suero, te haré mamar la cabra, te alojaré en una cueva y te educaré para guerrero y para mandar un campamento.

Vase con el niño.

(1) *Have the wind of you.* El receloso y ladino moro procura situarse de un modo ventajoso para repeler cualquiera agresión repentina por parte de los hijos de Tamora.

(2) Refrán equivalente al nuestro: «Secreto de dos, secreto de Dios; secreto de tres, del diablo es».

(3) *Mulitius ó Muliteus*, en el Folio I y en otras antiguas ediciones. Steevens conjetura que debiera leerse Muley, nombre morisco.

## ESCENA III

**Una plaza pública en Roma**

**Entran TITO, llevando flechas con inscripciones en sus extremos; y con él, MARCO, el JOVEN LUCIO, PUBLIO, SEMPRONIO, CAYO y otros próceres armados de arcos.**

TITO

Ven, Marco, ven.—Deudos míos, éste es el camino.—Señorito, dejadme ver vuestra habilidad en el manejo del arco. Tenéis buena puntería, y esta flecha va en derechura al blanco. *Terras Astræa reliquit* (1).—Recuérdalo bien, Marco; ella se ha marchado, ha huído.—Señores, recurrid á vuestros útiles.—Vosotros, primos míos, iréis á sondear el Océano y echaréis vuestras redes. Tal vez la encontréis en el mar. Sin embargo, tan poca justicia hay allí como en la tierra... No; Publio y Sempronio, vosotros habéis de hacer esto. Será menester que cavéis con pico y azadón y penetréis hasta el más íntimo centro de la tierra; y una vez llegados al reino de Plutón, os ruego le expongáis esta súplica: decidle que es para pedir justicia y ayuda, y que le implora el viejo Andrónico, abrumado de pesares en la ingrata Roma. ¡Ah, Roma!... Sí, sí; yo causé tu desgracia el día en que hice recaer los sufragios del pueblo en aquel que así me tiraniza. Idos; partid, y os ruego seáis todos diligentes y no dejéis por registrar ni un solo buque de guerra. Ese inicuo Emperador tal vez la ha hecho embarcar, y en tal caso, deudos míos, reclamar justicia sería como pedir peras al olmo (2).



*(Escena III).* — Señores, recurrid á vuestros útiles.

MARCO

¿No es fuerte cosa, Publio, ver á tu noble tío delirando de tal suerte? (3)

PUBLIO

Por esta razón, señor, nos concierne en alto grado vigilarle atentamente no-

(1) «Astrea abandona la tierra». La flecha disparada por el pequeño Lucio llevaba escrito el nombre de Astrea, diosa de la justicia; así es que, con la expresada cita latina, Tito viene á significar que la justicia ha dejado la tierra. Es dudoso si la perturbación mental de que da muestras Tito en esta escena, es real ó fingida, si bien es mucho más probable que sea lo último.

(2) *Pipe por justice*, en el original; literalmente, «silbar ó tañer la flauta á la justicia», esto es, pedir ó llamar en balde. Dicha expresión parece inspirada en el pasaje de Mateo, XI, 17: «Os tañimos flautas y no bailasteis».

(3) Esta expresión se relaciona con lo dicho en la nota 1 sobre el estado mental de Tito.

che y día, y seguir sus caprichos lo mejor que podamos, hasta que el tiempo traiga eficaz remedio.

MARCO

Parientes míos, sus penas no tienen remedio. Juntémonos á los godos, y entablando una guerra vengativa, castiguemos á Roma por su ingratitud, y que la venganza caiga sobre el traidor Saturnino.

TITO

Vamos á ver, Publio; y bien, señores míos, veamos, ¿la habéis encontrado?

PUBLIO

No, mi buen señor; pero Plutón os envía á decir que si deseáis lograr venganza del infierno, la lograréis. Porque la verdad es que la Justicia se halla tan atareada, supone él, con Júpiter en el cielo ó por doquiera, que por fuerza habríais de aguardar.

TITO

Me irroga perjuicio entreteniéndome con dilaciones. Me sumergiré en el ardiente lago del abismo, y cogiéndola por los talones, arrancaré la Justicia del Aqueronte. Marco, no somos más que arbustos; no somos cedros, ni hombres de gigantesca osamenta y de ciclópea talla; pero, Marco, somos de metal, de acero, hasta la medula de los huesos, y con todo, nos vemos abrumados de mayores males que los que pueden resistir nuestras espaldas. Y puesto que no hay justicia ni en la tierra ni en el infierno, imploraremos al cielo y moveremos á los dioses para que manden aquí abajo la Justicia para vengar nuestros ultrajes. Ea, manos á la obra. Tú eres un buen arquero, Marco.

*Distribuye las flechas según las inscripciones que llevan.*

*Ad Jovem* [1]; ésta es para vos. Aquí, *ad Apollinem* [2]. *Ad Martem* [3], ésta para mí. Aquí, muchacho, á Palas. Toma, á Mercurio. A Saturno, Cayo, no vayas á confundirlo con Saturnino, que sería lo mismo que disparar al aire. Al avío, muchacho. Vos, Marco, tirad cuando yo os diga. Os doy palabra de que yo lo he escrito de tal modo que no hay más que pedir. No hay un dios que no tenga su plegaria.

MARCO

Deudos míos, disparad todas vuestras flechas en dirección de la corte. Mortificaremos al Emperador en su soberbia.

TITO

Disparad, ahora, señores.

*Todos disparan.*

¡Bravo, Lucio! Amiguito, en el seno de Virgo. Envíala ésta á Palas.

MARCO

Señor, yo apunto á una legua más lejos de la luna... Vuestra carta llegó en el acto á Júpiter.

TITO

¡Ah, Publio, Publio! ¿Qué has hecho? Mira, mira; tu flecha ha hecho saltar uno de los cuernos de Tauro.

MARCO

No ha sido mala broma ésa. Cuando Publio ha disparado, el Toro, al sentirse herido, ha dado á Aries tal topetazo que los dos cuernos del Carnero han caído en la corte. ¿Y quién había de encontrarlos sino la bribona de la Emperatriz! Ella se ha echado á reir, y ha dicho al Moro que no podía menos de ofrecerlos como un presente á su marido.

TITO

Vaya, la cosa marcha. ¡Dios dé ventura á su señoría!

**Entra UN RÚSTICO con un cesto y dos pichones dentro**

¡Noticias, noticias del cielo! Marco, ha llegado el correo.—Amigo, ¿qué nuevas traes? ¿Tienes cartas? ¿Obtendré yo justicia? ¿Qué dice Júpiter?

RÚSTICO

¡Oh! ¿El carpintero [4] decís? ¿El que hace las horcas? Pues dice que las ha desmontado, porque al hombre aquel no

(1) A Júpiter.
(2) A Apolo.
(3) A Marte.

(4) El patán, poco versado en Mitología, en lugar de Júpiter, entiende *gibbet-maker* (constructor de horcas). De ahí el equívoco, que sólo de un modo aproximado puede expresarse en castellano.

han de ahorcarle hasta la semana que viene.

TITO

Pero ¿qué dice Júpiter? Esto es lo que te pregunto.

RÚSTICO

¡Ay, señor! Yo no le conozco á Júpiter. Nunca en mi vida bebí con él.

TITO

¡Cómo, tunante! ¿No eres tú el portador?...

RÚSTICO

Sí, de mis pichones, señor, y nada más.

TITO

¿Pero no has venido tú del cielo?

RÚSTICO

¡Del cielo! ¡Ay, señor! Nunca he estado yo allí. No permita Dios que sea yo tan osado que me apresure á ir al cielo en mis mocedades. Pues, señor, yo me voy con mis pichoncitos al tribunal de la plebe [1] para arreglar una quimera entre mi tío y uno de los hombres imperiales [2].

MARCO

*(A Tito)* ¡Pues digo, señor! Esto viene como de molde para transmitir nuestra súplica. Decidle que de parte vuestra entregue los pichones al Emperador.

TITO

Dime, ¿sabrías tú transmitir con gracia una súplica al Emperador?

RÚSTICO

No, por cierto, señor; en toda mi vida no he sabido decir nunca una gracia.

TITO

Vaya, buen hombre, ven acá; no te apures. No tienes más que entregar tus pichones al Emperador. Por mi mediación, tú obtendrás de él justicia. Aguarda, aguarda; entre tanto, aquí tienes dinero por tu comisión. Dadme pluma y tinta... Amigo, ¿sabes tú expresar una súplica con gracia?

RÚSTICO

Sí, señor.

TITO

Pues bien; aquí tienes una súplica. Y cuando llegues ante el Emperador, lo primero que has de hacer es arrodillarte; luego besar sus pies; acto seguido entregarle tus pichones, y entonces aguardarás tu recompensa Yo estaré cerca de ti, amigo. Procura hacer esto con soltura.

RÚSTICO

Os lo garantizo, señor. Dejadme hacer.

TITO

Di, muchacho, ¿tienes un cuchillo? Ven acá, enséñamelo. Toma, Marco, envuélvelo en la instancia, pues tú la escribiste como un humilde suplicante. Y una vez la hayas dado al Emperador, llama á mi puerta, y cuéntame lo que él diga.

RÚSTICO

Quedad con Dios, señor. Seréis servido.

TITO

Vaya, Marco; salgamos. Sígueme, Publio.

Vanse.

## ESCENA IV

**Roma. — Delante del Palacio**

Entran SATURNINO, TAMORA, DEMETRIO, QUIRÓN, señores y *Acompañamiento*. Saturnino tiene en la mano las flechas que Tito disparó.

SATURNINO

¡Hay tal, señores! ¿Qué insultos son ésos? ¿Vióse jamás un Emperador en Roma abrumado, confundido y afrontado de tal suerte, y menospreciado así por haber desplegado una justicia imparcial? Ya lo sabéis, señores, como lo saben los dioses poderosos, por más que los perturbadores de nuestro reposo vayan murmurando al oído del pueblo, nada se ha hecho, sin la sanción de la ley, contra los insolentes hijos del viejo Andrónico. Y porque sus pesares han turbado de tal modo su juicio ¿hemos nosotros de vernos así perseguidos por sus venganzas, sus arrebatos, sus accesos frenéticos y sus

(1) Entiéndase el Tribuno del pueblo.

(2) *One of the emperial's men*, es decir, del Emperador

amarguras? Ahora escribe al cielo para que enderece sus tuertos. Ved; ésta es para Júpiter, y ésta para Mercurio; ésta para Apolo, y estotra para el dios de la guerra. ¡Bonitas misivas para volar por las calles de Roma! ¿Qué es eso sino difamar al Senado, y pregonar por todas partes nuestra injusticia? Divertida manía, ¿no es verdad, señores? Como si quisiera decir que no hay justicia en Roma. Empero, si yo vivo, su fingida locura no le servirá de escudo para esos ultrajes. El y los suyos sabrán que la justicia alienta aún en Saturnino, y si ella está adormecida, yo sabré despertarla tan bien que en su furor aniquilará al más altivo conspirador que exista.

TAMORA

Mi gracioso señor, mi amable Saturnino, señor de mi vida, dueño de mis pensamientos, sosegaos y tolerad las faltas propias de la vejez de Tito y los efectos del dolor motivado por la muerte de sus valerosos hijos, cuya pérdida le ha herido en lo más profundo de su pecho y ha lacerado su corazón. Aliviad su lastimoso estado más bien que perseguir por tales vilipendios al más humilde ó al mejor de los hombres.

*(Aparte)* Sí, conviene á la perspicaz Tamora atenuarlo todo con razones. Pero, Tito, yo te he tocado en lo vivo, y tu sangre vital se te escapa; si Aarón luce ahora su habilidad, todo está en salvo, el áncora está en el puerto.

Entra el RÚSTICO

¿Qué hay, buen hombre? ¿Deseas hablar con nosotros?

RÚSTICO

¡Pues ya lo creo que sí! Digo, si vuestra señoría es imperial.

TAMORA

Yo soy la Emperatriz, pero allí está sentado el Emperador.

RÚSTICO

Es él á quien busco.—Que Dios y san Esteban os den buenas tardes. Os he traído esta carta y este par de pichones.

SATURNINO

*(Después de leer la carta)* Ea, prendedle y ahorcadlo al punto.

*Señalando al Rústico.*

RÚSTICO

¿Cuánto dinero se me dará?

TAMORA

Vamos, truhán, has de ser ahorcado.

RÚSTICO

¡Aborcado! ¡Válgame la Virgen! Entonces, ¡para bonito objeto he traído yo aquí el pescuezo!

Vase custodiado.

SATURNINO

¡Odiosos é intolerables agravios! ¿Debo yo sufrir esta monstruosa avilantez? Bien sé yo de dónde viene esta treta. ¿Se puede ello soportar? ¡Como si sus pérfidos hijos, que murieron condenados por la ley por el asesinato de nuestro hermano, hubiesen sido injustamente degollados por orden mía!—Id, y traedme aquí al villano arrastrándole por los cabellos; ni su vejez ni sus honores le otorgarán privilegio. Por esta insolente burla, yo voy á ser tu verdugo. ¡Taimado y frenético miserable, que contribuiste á mi encumbramiento sólo con la esperanza de gobernar á mí y á Roma!

Entra EMILIO

¿Qué nuevas traes, Emilio?

EMILIO

¡A las armas, señores míos! Nunca tuvo Roma mayor motivo para ello. Los godos han reunido un ejército, y con una hueste de hombres decididos, ávidos de pillaje, se dirigen precipitadamente hacia aquí, bajo el mando de Lucio, hijo del anciano Andrónico, que amenaza, en el curso de su venganza, hacer tanto como hizo Coriolano.

SATURNINO

¿El belicoso Lucio es general de los godos? Esta nueva me hiela, y doblo la cabeza como las flores por efecto de l helada ó la hierba abatida por la tormenta. Sí, ahora empiezan á avecinarse nuestros sinsabores; él es á quien tanto

idolatra el pueblo; yo mismo les he oído decir, cuando me paseaba como un simple particular, que el destierro de Lucio era injusto, y que anhelaban que Lucio fuera su Emperador.

TAMORA

¿A qué vienen esos temores? ¿No es fuerte vuestra ciudad?

SATURNINO

Sí, pero los ciudadanos favorecen á Lucio, y me abandonarán para socorrerle.

TAMORA

Rey, sean tus pensamientos imperiales, como tu nombre. ¿Se obscurece acaso el sol porque vuelen en él mosquitos? Deja el águila que canten las avecillas, sin cuidarse de lo que ellas intentan expresar con sus notas, sabiendo que con la sombra de sus alas puede á su antojo ahogar sus melodías; y de igual modo puedes tú hacer callar al tornadizo pueblo de Roma. Así, levanta tu ánimo, pues sabe tú, Emperador, que yo encantaré al viejo Andrónico con palabras más dulces, pero más peligrosas que el anzuelo para el pez, ó que el trébol para la oveja (1); cuando el uno es herido por el anzuelo, y la otra se consume por efecto de un pasto delicioso.

SATURNINO

Pero no querrá él suplicar á sus hijos en favor nuestro.

(1) Esta hierba es nociva al ganado lanar, hasta el punto de que con frecuencia mueren las reses por efecto de haber comido esta planta venenosa (Nares, Johnson).

TAMORA

Lo querrá si Tamora le suplica; porque yo sabré mimar su vejez y halagar sus oídos con doradas promesas, de suerte que, aun cuando su corazón fuera casi insensible, y sus viejos oídos fueran sordos, tanto su oído como su corazón obedecerán á mi lengua.

*(A Emilio)* Adelántate y sé nuestro embajador. Di que el Emperador solicita una entrevista con el aguerrido Lucio, y señala como punto de cita la misma casa de su padre, el anciano Andrónico.

SATURNINO

Emilio, desempeña honrosamente esta comisión; y si él, para su seguridad, exige rehenes, dile que pida la fianza que más le plazca.

EMILIO

Cumpliré eficazmente vuestros mandatos.

Vase.

TAMORA

Ahora voy á encontrar al viejo Andrónico, y disponerle, con todo el arte que yo tengo, á arrancar de entre los belicosos godos al arrogante Lucio. Y ahora, amado Emperador, recobra tu alegría, y sepulta en mis artificios todos tus temores.

SATURNINO

Anda, pues, y ¡ojalá consigas persuadirle!

Vanse.



# ACTO QUINTO

## ESCENA PRIMERA

**Una llanura en las cercanías de Roma**

Entran LUCIO y un ejército godo, con tambores y banderas

LUCIO

Expertos guerreros, fieles amigos míos, he recibido misivas de la gran Roma, que manifiestan el odio que el pueblo profesa á su Emperador y los vivos deseos que tiene de nuestra presencia. Así, nobles señores, sed, como lo acreditan vuestros títulos, imperiosos y poco sufridos en vuestros ultrajes; y por cada agravio que os ha inferido Roma, exigidle triple satisfacción.

GODO PRIMERO

Valeroso vástago salido del grande Andrónico, cuyo nombre fué un día nuestro terror, y ahora es nuestra esperanza, cuyas altas proezas y honrosas acciones la ingrata Roma paga con odioso desdén, confía en nosotros; te seguiremos doquiera que nos conduzcas, como en los más calurosos días del verano las abejas de penetrante aguijón siguen á su reina por las floridas praderas, y nos vengaremos de Tamora la maldita.

TODOS LOS GODOS

Y lo que él dice, lo decimos con él todos.

LUCIO

Rendidamente le doy las gracias y os las doy á todos.—Mas ¿quién llega aquí, conducido por un robusto godo?

Entra un GODO conduciendo á AARÓN que lleva en brazos á su hijo

GODO SEGUNDO

Renombrado Lucio, me separé de nuestras tropas para ver un ruinoso monasterio, y mientras yo fijaba con afán la vista en el asolado edificio, de repente oí que un niño lloraba al pie de un muro. Dirigíame al sitio de donde venía la voz, cuando de pronto oí que acallaban con estas palabras al niño que estaba llorando: «¡Silencio, atezado picarón, mitad de mí y mitad de tu madre! Si tu color no revelara tu prosapia, si la naturaleza te hubiera dado sólo el semblante de tu madre, bribón, tú podrías haber sido emperador. Mas cuando el toro y la vaca son blancos cual la leche, nunca engendran un ternerillo negro como carbón. ¡Silencio, tunantuelo, silencio!» Y así iba regañando al chiquitín: «Porque es preciso que yo te lleve á un fiel godo, que cuando sepa que tú eres hijo de la Emperatriz, te criará con cariño por consideración á tu madre». En esto, con la espada desnuda, lancéme hacia el moro, le sorprendí de sopetón y le he condu-

cido aquí para que vos le tratéis como creáis necesario.

LUCIO

¡Oh, valiente godo! Este es el demonio encarnado que privó á Andrónico de su noble mano; esta es la perla [1] que cautivó los ojos de la Emperatriz, y he aquí el fruto ruin de su ardiente lascivia.

*(A Aarón)* Di, miserable ojizarco [2], ¿adónde querías llevar esa viva imagen de tu rostro diabólico? ¿Por qué no hablas? ¡Cómo! ¿Eres sordo? ¿Ni una palabra? ¡Una cuerda, soldados! Colgadle de este árbol, y junto á él colgad á su fruto bastardo.

AARÓN

No toquéis al niño: es de sangre real.

LUCIO

Harto parecido á su padre para valer algo. Ahorcad primero al niño para que él vea sus contorsiones; buen espectáculo para torturar el alma de su padre. ¡Traedme una escala!

*Traen una escalera de mano y obligan á Aarón á subir en ella.*

AARÓN

Lucio, salva al niño, y llévalo de parte mía á la Emperatriz. Si eso haces, te descubriré cosas estupendas, que, de oirlas, pueden reportarte grandes ventajas. Si te niegas á ello, venga lo que viniere, no diré más sino que os confunda á todos la venganza.



*(Escena I).* — En esto, con la espada desnuda, lancéme hacia el moro,...

LUCIO

Habla, y si me satisface lo que dices, tu hijo vivirá, y su crianza correrá por mi cuenta.

AARÓN

¡Si te satisface! ¡Ah! Ten por seguro, Lucio, que afligirá tu alma el oir lo que voy á decirte, pues tengo que hablar de asesinatos, violaciones y matanzas, de

(1) Alusión al proverbio inglés: «El hombre moreno es una perla á los ojos de una mujer bonita».

(2) Término de veterinaria aplicado á los caballos que, á causa de una afección de la vista, tienen blancos los ojos.

actos tenebrosos, de hechos abominables, tramas de iniquidades, alevosías y crímenes, lastimosos de oir, y con todo, lamentablemente puestos en ejecución; y todo esto quedará sepultado con mi muerte, á no ser que me jures que vivirá mi hijo.

LUCIO

Declara tu pensamiento. Te digo que tu hijo vivirá.

AARÓN

Júralo, y luego empezaré.

LUCIO

¿Por quién he de jurar? Tú no crees en dios alguno. Sentado esto, ¿cómo puedes tú creer en un juramento?

AARÓN

¿Y qué importa que yo no crea, como en efecto no creo? Sin embargo, como sé que tú eres piadoso y tienes dentro de ti una cosa que llaman conciencia, y crees en multitud de supercherías y ceremonias papistas que yo te he visto observar escrupulosamente, por esto solicito tu juramento, *(Aparte)* pues bien sé yo que un idiota toma su chisme (1) por un dios, y guarda el juramento que por tal dios hizo, y así quiero obligarle á ello (2). *(Alto)* De consiguiente, quiero que jures por el mismo dios, sea cual fuere, que tú adores y veneres, salvar á mi hijo, sustentarlo y educarlo; de lo contrario, nada te descubriré.

LUCIO

Por mi dios te juro que lo haré.

AARÓN

Ante todo, sabe que yo tuve este niño de la Emperatriz.

LUCIO

¡Oh, mujer de lujuria extremada é insaciable!

AARÓN

¡Bah! Esto, Lucio, no era más que una obra de caridad en comparación de lo que ahora voy á decirte. Sus dos hijos son los que asesinaron á Basiano; ellos cortaron la lengua á tu hermana, la violaron, le cortaron las manos y la ataviaron de la manera que tú viste.

LUCIO

¡Detestable villano! ¿A eso llamas tú atavío?

AARÓN

¡Toma! La limpiaron y la cortaron y la guarnecieron, y esto fué una bonita diversión para los que se encargaron de hacerlo.

LUCIO

¡Bárbaros, brutales villanos, como tú mismo!

AARÓN

A decir verdad, yo fuí su maestro para instruirles. El carácter disoluto lo heredaron ellos de su madre, tan cierto como hay una carta que ha de hacer baza; el instinto sanguinario, creo yo que lo aprendieron de mí, tan seguro como que el perro fiel siempre ataca de frente (3). En fin, dejad que mis actos atestigüen mi valía. Yo llevé tus hermanos á la disimulada fosa donde yacía el cadáver de Basiano; yo escribí la carta que encontró tu padre, y oculté el oro de que hacía mención la carta, en connivencia con la reina y sus dos hijos; y ¿qué acto no se ha realizado, que no hayas tenido que lamentar, en el cual no tuviera yo mi trazo de maldad? Yo engañé á tu padre para privarle de su mano, y cuando la tuve, me aparté algo lejos, y poco faltó para que estallara mi corazón á fuerza de reir. Yo estaba acechando por la hendedura de una pared el momento en que, á trueque de su mano, recibió él las cabezas de sus dos hijos; yo vi sus lágrimas, y con tanto gusto reí, que mis ojos lloraban como los suyos. Y cuando hice saber yo esta farsa á la Emperatriz, ésta casi se desmayó al escuchar mi gustoso relato, y por mis noticias me dió veinte besos.

(1) Un palo, muy usado por los bufones, que en su parte superior tenía por remate una cabeza grotesca (Véase ROMEO Y JULIETA, Act. II, Esc. IV, pág. 278).

(2) La indicación «aparte» que precede á estas líneas, la he tomado de la edición de H. Bellyse Baildon (*The Arden Shakespeare)*, pues no figura en ninguna de las otras ediciones que he tenido á la vista.

(3) Alusión á los bull-dogs, cuyo valor y nobleza patentizan atacando al toro de frente y mordiéndole la nariz (Johnson).

GODO PRIMERO

¡Cómo! ¿Es posible que todo eso cuentes sin ruborizarte?

AARÓN

Sí, yo me ruborizo como un perro negro, según reza el dicho (1).

LUCIO

¿Y no estás pesaroso de haber cometido esos actos execrables?

AARÓN

Sí, lo estoy de no haber cometido otros mil. Ahora mismo estoy maldiciendo el día (y eso que á bien pocos días alcanza mi maldición) en que no he cometido alguna maldad notoria, como asesinar á un hombre ó tan siquiera maquinar su muerte; violar una doncella ó urdir el modo de hacerlo; acusar á un inocente y jurar en falso; suscitar mortal enemistad entre dos amigos; hacer que se rompan el cuello los ganados de pobres gentes; incendiar por la noche graneros, trojes y hacinas de heno y decir á los dueños que apaguen el fuego con sus lágrimas. Muchas veces he sacado los muertos de sus tumbas y los he puesto de pie á las puertas de sus más caros amigos cuando éstos habían casi olvidado su dolor, y en la piel de los cadáveres, lo mismo que en la corteza de los árboles he grabado con mi cuchillo en letras romanas: «No muera vuestro dolor, aunque yo esté muerto.» En una palabra, yo hice mil cosas espantables con tanta indiferencia como uno mataría una mosca, y nada, á decir verdad, me ocasiona un pesar tan profundo como el no poder hacer diez mil veces más de lo que hice.

LUCIO

Haced bajar á ese demonio, pues no ha de morir de una muerte tan dulce como la que tendría ahorcándole al instante.

AARÓN

Si hay demonios, quisiera yo ser uno de ellos para vivir y arder en el fuego perdurable, con la condición de tener vuestra compañía en el infierno, sólo para atormentaros con mi insultante lengua.

LUCIO

Amordazadle, señores, para que no hable más.

*Entra un GODO*

GODO

Señor, hay aquí un mensajero llegado de Roma. Desea ser admitido á vuestra presencia.

LUCIO

Que se acerque.

*Entra EMILIO*

¡Bien venido seas, Emilio! ¿Qué nuevas hay de Roma?

EMILIO

Señor Lucio, y vosotros, príncipes de los godos, el Emperador romano os saluda á todos por boca mía, y habiéndose enterado de que estáis en armas, solicita una entrevista con vos en casa de vuestro padre, consintiendo en que vos reclaméis vuestros rehenes, que os serán entregados al momento.

GODO PRIMERO

¿Qué dice nuestro general?

LUCIO

Emilio, que envíe el Emperador sus rehenes á mi padre y á mi tío Marco, y allá iremos.—En marcha.

*Vanse.*

## ESCENA II

**Roma.—Delante de la casa de Tito**

*Entran TAMORA, DEMETRIO y QUIRÓN, disfrazados*

TAMORA

Así, con esta extraña y lúgubre vestidura voy á presentarme á Andrónico, y decirle que soy la Venganza, enviada del abismo para ponerme de acuerdo con él y enderezar sus abominables tuertos. Llamad á la puerta de su estudio, donde dicen que se encierra para madurar extraños proyectos de tremenda venganza.

(1) «Ruborizarse como un perro negro» era una locución proverbial, que se aplicaba á las personas incapaces de sentir vergüenza (V. Nares, *Glosario*, pág. 81).

Decidle que la Venganza ha venido para juntarse con él y sembrar la confusión en sus enemigos.

*Llaman.*

Aparece TITO arriba (1)

TITO

¿Quién turba mis meditaciones? Os chanceáis haciéndome abrir la puerta para que se desvanezcan mis sombrías resoluciones y todo mi estudio resulte infructuoso? Estáis en un error, porque lo que yo intento hacer, vedlo aquí; con líneas de sangre lo escribí, y lo que escrito está, se ha de ejecutar.

TAMORA

Tito, yo he venido para hablar contigo.

TITO

No, ni una sola palabra. ¿Cómo puedo yo dar gracia á mi discurso, faltándome una mano para acompañarlo con ademanes? Tú tienes ventaja sobre mí; por lo tanto, no insistas.

TAMORA

Si tú supieras quien soy, querrías hablar conmigo.

TITO

Yo no estoy loco. Te conozco bastante bien. Pongo por testigos este lastimoso muñón, estas líneas rojizas y estas arrugas causadas por el sufrimiento y la zozobra; pongo por testigos el enojoso día y la pesada noche, y pongo, en fin, por testigos todos mis sinsabores, que yo te conozco bien: eres nuestra arrogante Emperatriz, la poderosa Tamora. ¿No vienes á buscar mi otra mano?

TAMORA

Sabe tú, infeliz, que yo no soy Tamora; ella es tu enemiga, y yo soy amiga tuya. Soy la Venganza, enviada del reino infernal con el objeto de aplacar al buitre que devora tu corazón, infligiendo cruel castigo á tus adversarios. Baja y dame la bienvenida por haberme presentado á la luz de este mundo; ven á hablar conmigo de asesinato y destrucción. No hay caverna profunda ni escondrijo ni vasta obscuridad ni brumoso valle en que puedan agazaparse de miedo el sangriento asesinato ó el execrable rapto, donde yo no pueda descubrirlos, y pronunciar á su oído mi terrible nombre, Venganza, que hace estremecer al fiero delincuente.

TITO

¿Eres tú la Venganza? ¿Y te han enviado á mí para ser el tormento de mis enemigos?

TAMORA

Así es. Conque, baja y acógeme.

TITO

Hazme un favor antes que yo venga á ti. Mira, á tu lado están el Rapto y el Asesinato; dame ahora alguna seguridad de que tú eres la Venganza. Apuñálalos ó déjalos aplastados bajo las ruedas de tu carro, y entonces yo bajaré y seré tu auriga y contigo daré la vuelta al globo (2). Procúrate dos buenos palafrenes, negros como el azabache, para que arrastren veloces tu carro vengador y descubran á los asesinos en sus antros detestables. Y cuando tu carro esté cargado con sus cabezas, echaré yo pie á tierra, y correré como un esclavo junto á la rueda de tu carro todo el día, desde la salida de Hiperión (3) en el oriente hasta su descenso en el mar, y día por día ejecutaré està penosa tarea, si tú acabas con el Rapto y el Asesinato que ahí están.

TAMORA

Son mis ministros y vienen conmigo.

TITO

¿Son tus ministros? ¿Cómo se llaman?

TAMORA

Rapto y Asesinato, y así se llaman porque castigan á los hombres culpables de tales crímenes.

TITO

¡Gran Dios! ¡Cuánto se parecen á los hijos de la Emperatriz y cuánto os parecéis vos á la Emperatriz misma! Pero nosotros, pobres mortales, tenemos unos

(1) Probablemente en la galería del escenario shakespeariano.

(2) En las ediciones modernas. En las antiguas se lee *globes* (globos).

(3) El sol.

ojos miserables, delirantes y engañosos ¡Oh, dulce Venganza! Ahora yo voy á ti, y si te satisface el estrecharte yo en mi único brazo, voy á abrazarte al instante.

Vase TITO de arriba.

TAMORA

Este ajustamiento con él conviene á su locura. Cualquiera cosa que yo forje para alimentar sus accesos de delirio, apoyadla y sostenedla con vuestros discursos. Porque ahora él me toma firmemente por la Venganza, y crédulo como es en su insensata idea, yo le persuadiré á que mande llamar á su hijo Lucio, y mientras en un banquete le tengo á él seguro, yo sabré encontrar alguna ingeniosa estratagema repentina para alejar y dispersar á los tornadizos godos, ó al menos para hacer de ellos sus enemigos. Ved, ahí viene, y es preciso que yo desempeñe mi papel.

Entra TITO abajo (1)

TITO

Largo tiempo he vivi lo en desamparo, y todo por ti Sé bienvenida, temible Furia, en mi triste morada. Rapto y Asesinato, sed igualmente bienvenidos. ¡Cuánto semejáis á la Enperatriz y á sus hijos! Sólo os falta tener un Moro para que la semejanza sea completa. ¿No podría el infierno entero proporcionaros un demonio por el estilo? Porque bien sé yo que la Emperatriz nunca se menea (2) sin estar acompañada de un Moro, y si queréis representar de un modo cabal á nuestra Reina, fuera conveniente que os procuráseis un demonio como él. Pero recibid mi bienvenida, tal como estáis. ¿Qué vamos á hacer?

TAMORA

¿Qué quieres que hagamos, Andrónico?

DEMETRIO

Muéstrame un asesino, y yo me encargo de él.

QUIRÓN

Muéstrame un infame que haya cometido un rapto, y yo soy enviado para castigarle.

TAMORA

Muéstrame mil personas que te hayan ofendido, y yo te vengaré de todas ellas.

TITO

Mira en torno tuyo por las malditas calles de Roma y cuando encuentres un hombre que se parezca á ti, buen Asesinato, dale de puñaladas: es un asesino. Tú, buen Rapto, vete con él, y si por acaso encuentras á otro que se asemeje á ti, apuñálale: es un raptor.

*(A Tamora)* Tú vete con ellos. En la corte del Emperador hay una reina acompañada de un Moro; fácilmente puedes conocerla por tu propia figura, porque se parece á ti de pies á cabeza. Conjúrote que les hagas sufrir una muerte cruel, ya que crueles fueron ellos conmigo y con los míos.

TAMORA

Bien nos has aleccionado. Haremos lo que dices. Pero, si ello te place, buen Andrónico, envía á buscar á Lucio, tu tres veces valeroso hijo, que dirige hacia Roma una hueste de godos aguerridos, y ruégale que concurra al banquete que daremos en tu casa. Cuando él esté aquí, en tu fiesta solemne, yo conduciré á la Emperatriz y sus hijos, al mismo Emperador y á todos tus enemigos, y á merced tuya ellos doblarán la cerviz y caerán de hinojos, y sobre ellos desahogarás la cólera de tu pecho. ¿Qué dice Andrónico de este plan?

TITO

¡Marco hermano mio! Es el desdichado Tito quien llama.

Entra MARCO

Querido Marco, ve á encontrar á tu sobrino Lucio; has de buscarle entre los godos. Ruégale que venga á verme y que traiga con él algunos de los más ilustres príncipes de los godos; dile que acampe á sus soldados donde ellos están; dile también que el Emperador y la Em-

(1) Es decir en el proscenio del teatro shakespeariano.

(2) La voz inglesa *wags* puede interpretarse también aquí en mal sentido.

peratríz concurrirán al banquete que daré yo en mi casa y que él participará con ellos de la fiesta. Hazlo por amor mío, y haga él lo que le pido, si tiene en aprecio la vida de su anciano padre.

MARCO

Así lo haré, y vuelvo en breve.

Vase.

TAMORA

Ahora te debo dejar para ocuparme en tus asuntos, y me llevo á mis ministros.

TITO

No, no; que se queden conmigo el Rapto y el Asesinato; ó de lo contrario, llamaré de nuevo á mi hermano, y no me atendré á otra venganza que la de Lucio.

TAMORA

*(Aparte á sus hijos)* ¿Qué decís, hijos míos? ¿Queréis quedaros con él en tanto que yo voy á mi dueño el Emperador para informarle de cómo he dirigido la burla que resolvimos? Ceded á sus extravagancias, mimadle, lisonjeadle y permaneced con él hasta mi vuelta.

TITO

*(Aparte)* Los conozco á todos aunque me tengan por loco, y voy á coger en su propio ardid á ese par de malditos perros del infierno con su madre.

DEMETRIO

Partid cuando os plazca, señora; dejadnos aquí.

TAMORA

Adiós, Andrónico. La Venganza va á fraguar ahora un complot para que caigan en el lazo tus enemigos.

TITO

Ya lo sé. Adiós, pues, querida Venganza.

Vase Tamora.

QUIRÓN

*(A Tito)* Dinos, buen viejo, ¿en qué nos emplearéis?

TITO

¡Bah! Tengo bastante tarea para vosotros. ¡Publio, venid aquí, Cayo, Valentino!

Entran PUBLIO y otros

PUBLIO

¿Qué mandáis?

TITO

¿Conoces á esos dos?

PUBLIO

Son los hijos de la Emperatríz, si no me engaño; Quirón y Demetrio.

TITO

¡Qué han de ser ellos! Mucho te engañas, Publio; el uno es el Asesinato, y Rapto es el nombre del otro. Por consiguiente, amárralos, querido Publio. Cayo y Valentino, echad mano á ellos. Hartas veces me habéis oído anhelar este instante, y ahora lo encuentro. Así, pues, amarradlos bien, y cerradles la boca, si les da por gritar.

Vase.

*Publio y los otros sujetan á Quirón y Demetrio.*

QUIRÓN

¡Teneos, villanos! Somos hijos de la Emperatriz.

PUBLIO

Por esto hacemos lo que se nos ha mandado. *(A Cayo y Valentino)* Cerradles apretadamente la boca, para que no digan una palabra. ¿Está bien amarrado? Cuidad de atarlos fuertemente.

Entra de nuevo TITO acompañado de LAVINIA; ésta lleva una jofaina, y él un cuchillo

TITO

Ven, ven, Lavinia; mira, tus enemigos están amarrados. Cerrad sus bocas, señores, para que nada me digan ellos, pero que oigan las tremendas palabras que pronuncio.—¡Miserables Quirón y Demetrio! He aquí la fuente que ensuciasteis con fango; esta dulce primavera[1] confundida con vuestro invierno. Vosotros asesinasteis á su esposo, y por ese crimen abominable, dos de los hermanos de esta infeliz fueron condenados á muerte, mi mano fué cortada y hecha

(1) Propiamente, verano *(summer)*, como se expresa en el texto inglés.

objeto de alegres chanzas. Las dos tiernas manos de Lavinia, su lengua y lo que es aun de más valía que sus manos y su lengua, su inmaculada castidad, vosotros, inhumanos traidores, las arrancasteis con violencia. ¿Qué responderíais si yo os permitiera hablar? Infames, vergüenza os daría implorar gracia Escuchad, miserables, cómo pienso martirizaros. Me queda esta única mano para degollaros, mientras que Lavinia sostiene entre sus muñones la jofaina destinada á recibir vuestra sangre criminal. Ya sabéis que vuestra madre piensa tomar parte conmigo en el banquete, y que se da el nombre de Venganza y me juzga loco. Oid, menguados, yo voy á triturar vuestros huesos hasta reducirlos á polvo, y mezclándolos con vuestra sangre haré una pasta, con la pasta formaré la cubierta de una empanada; luego haré con vuestras odiosas cabezas dos pasteles, é invitaré á esa ramera, á vuestra perversa madre, á devorar, cual la tierra, su propio engendro (1). He aquí el festín al cual yo la he convidado, y he aquí la comida de la que se saciará. Puesto que vosotros tratasteis á mi hija con más crueldad que á Filomela, con más crueldad que Progne yo seré vengado (2). Y ahora [illegible]ded el cuello. Lavinia, ven á reco[illegible] sangre *(Los degüella)*. Y cuando es[illegible] muertos, trituraré sus huesos hasta q[illegible]ar cual fino polvo, que luego mezclaré [illegible]on este licor odioso, y dentro de esta masa se cocerán al horno sus viles cabezas. Vamos, vamos, que cada uno me ayude á preparar este banquete, que yo deseo resulte más horrible y más sangriento que el festín de los Centauros (3). Así, ahora llevadlos adentro, pues yo haré de cocinero y procuraré tenerlos aderezados para cuando llegue su madre.

**Vanse conduciendo los dos cadáveres.**

## ESCENA III

**Roma.—En la casa de Tito.—Está dispuesto un banquete**

**Entran LUCIO, MARCO y varios GODOS, con AARÓN preso**

LUCIO

Tío Marco, puesto que es la voluntad de mi padre que yo regrese á Roma, contento estoy.

GODO PRIMERO

Y nuestra voluntad es la tuya, suceda lo que disponga la Fortuna.

LUCIO

Buen tío, encerrad este bárbaro Moro, este famélico tigre, este demonio maldito; que no reciba sustento alguno, cargadle de cadenas, hasta que sea conducido á presencia de la Emperatriz para dar testimonio de sus nefandos crímenes; y ved que sea poderosa la emboscada de nuestros amigos, pues temo que el Emperador no nos prepara nada bueno.

AARÓN

¡Que algún demonio murmure maldiciones á mi oído y me inspire, á fin de que mi lengua pueda expresar el odio venenoso de que está henchido mi corazón!

LUCIO

¡Fuera de aquí, perro despiadado! ¡Esclavo perverso! —Señores, ayudad á mi tío á conducirlo adentro.

**Vanse los GODOS con AARÓN. Toque de trompetas dentro.**

Las trompetas anuncian que se acerca el Emperador.

**Entran SATURNINO y TAMORA, con EMILIO, SENADORES, TRIBUNOS y *Acompañamiento***

SATURNINO

¡Cómo! ¿Tiene el firmamento más de un sol?

LUCIO

¿De qué sirve llamarte sol? (4)

(1) La tierra devora la carne de los cadáveres en ella sepultados.

(2) Cf. pág. 670, nota 3.

(3) Pirotoo, rey de los Lapitas, invitó á los Centauros al festín con que solemnizó sus bodas. Enardecidos por el vino, los Centauros insultaron á las mujeres y trataron de arrebatar á la joven desposada, lo cual dió origen á una sangrienta lucha entre ellos y los Lapitas.

(4) H. B. Baildon cree probable que hay aquí un juego de palabras entre *sun* (sol) y *son* (hijo), que suenan de igual modo al oído, aludiendo al hecho de que Saturnino era emperador sólo en virtud de ser hijo del que últimamente había ceñido la diadema imperial, sin mérito alguno por su parte.

MARCO

Emperador de Roma, y tú, sobrino, suspended la plática. Esas quimeras se han de discutir con calma. Está preparado ya el festín que el cuidadoso Tito ha dispuesto con honradas miras para el amor, la paz, la unión y el bien de Roma. Servíos, pues, acercaros y tomar asiento.

SATURNINO

Que me place, Marco.

*Música de oboes. Los comensales se sientan á la mesa.*

Entran **TITO**, vestido de cocinero, **LAVINIA**, cubierta con un velo, el **JOVEN LUCIO** y otros. **TITO** pone los platos sobre la mesa.

TITO

Sed bienvenido, mi gracioso señor; bienvenida, respetable reina; bienvenidos, vosotros, aguerridos godos; bien venido, Lucio, y bienvenidos todos. Aunque la comida es modesta, bastará á saciar vuestro apetito. Servíos comer.

SATURNINO

¿Por qué vas así vestido, Andrónico?

TITO

Porque he querido asegurarme de que todo estuviese en su punto para obsequiar á vuestra alteza y á vuestra esposa la Emperatriz.

TAMORA

Os quedamos muy obligados, buen Andrónico.

TITO

Lo estaríais, en efecto, si vuestras altezas conocieran mi corazón. Mi señor Emperador, dignaos resolverme este punto: ¿Hizo bien el impetuoso Virginio en matar con su propia mano á su hija por haber sido ella forzada, mancillada y desflorada? [1]

SATURNINO

Hizo bien, Andrónico.

TITO

¿Por qué razón, poderoso señor?

SATURNINO

Porque la joven no debía sobrevivir á su deshonra, y con su presencia renovaría sin cesar los sufrimientos de su padre.

TITO

Esta razón es poderosa, sólida y eficaz. Es un ejemplo, un precedente, una autorización viva para que yo, el más infortunado de los mortales, obre de igual modo.—¡Muere, muere, Lavinia, y muera contigo tu deshonra, y con tu deshonra el dolor de tu padre!

*Mata á Lavinia.*

SATURNINO

¿Qué hiciste, padre desnaturalizado é inhumano?

TITO

He matado á aquella por quien derramé tantas lágrimas que me han vuelto ciego. Soy tan desventurado como Virginio, y tengo mil veces más motivo que él para cometer tal atentado. Ahora ya está hecho.

SATURNINO

¡Cómo! ¿Fué violada? ¿Dime quién cometió tal acto?

TITO

¿No tenéis apetito? ¿No se dignará vuestra alteza alimentarse?

TAMORA

¿Por qué has matado así á tu hija única?

TITO

No he sido yo; fueron Quirón y Demetrio; ellos la violaron, le cortaron la lengua y ellos fueron, ellos, quienes le infligieron todos estos ultrajes.

SATURNINO

Id á buscarlos y traedlos aquí al momento.

TITO

Pero si están aquí los dos, guisados en esa empanada, con la cual se ha regalado su madre, comiendo la carne que ella misma engendró. Es verdad, es

(1) El centurión romano Virginio estaba en el ejército cuando supo los criminales pensamientos que abrigaba el decenviro Apio Claudio respecto á su hija Virginia. Abandonando el campo, corrió á Roma, donde encontró á su hija expuesta al mayor peligro, y no viendo otro medio para librarla de la deshonra, le dió de puñaladas en presencia del decenviro. Hay, pues, en el texto un error histórico, por cuanto aquella infeliz no llegó á ser violada.

verdad; pongo por testigo la afilada punta de mi cuchillo.

*Mata á Tamora.*

SATURNINO

¡Muere, loco ruin, por ese acto execrable!

*Mata á Tito.*

LUCIO

¿Puede un hijo ver á su padre chorreando sangre? ¡Toma! ¡Medida por medida, muerte por muerte!

*Mata á Saturnino.*

*Gran tumulto. La gente se dispersa en medio de la mayor confusión. Marco, Lucio y sus partidarios suben al balcón* (1).

MARCO

Vosotros, hombres de consternado semblante, pueblo é hijos de Roma, á quienes la conmoción ha dispersado como una bandada de pájaros, diseminados por los vientos y por las fuertes ráfagas tempestuosas, permitidme que os enseñe la manera de juntar de nuevo en una sola gavilla estas dispersas espigas, y en un cuerpo único estos diseminados miembros. Sí, no sea que Roma sea su propio azote, y que ésta, ante la cual se inclinan poderosos reinos, como un proscrito abandonado y sumido en la desesperación, cometa alguna vergonzosa violencia contra sí misma. Empero si mis canas y las arrugas de mi vejez, graves testigos de profunda experiencia, no pueden inducir os á escuchar mis palabras, habla tú *(dirigiéndose á Lucio)*, caro amigo de Roma, como en otro tiempo lo hizo nuestro antecesor, cuando con voz patética relató al atento oído de la enamorada y triste Dido la historia de aquella aciaga noche de incendio, en que los astutos griegos sorprendieron la Troya del rey Príamo; dinos que Sinón hechizó nuestros oídos, ó quién ha introducido la máquina fatal (2) que infiere á nuestra Troya, á nuestra Roma, esta intestina herida. Mi corazón no es de piedra ni de acero, ni puedo yo expresar todo nuestro amargo dolor sin que torrentes de lágrimas ahoguen mi elocuencia é interrumpan mi relato en el preciso momento en que más os movería á prestarme oído, excitando vuestra tierna piedad. He aquí un capitán; haga él mismo un relato de la historia. Vuestros corazones palpitarán y al oirle hablar, de ellos brotarán lágrimas (3).

LUCIO

Entiende, pues, noble auditorio, que los malditos Quirón y Demetrio fueron quienes asesinaron al hermano de nuestro Emperador; y que fueron ellos quienes violaron á nuestra hermana. Por esos horribles crímenes, nuestros hermanos fueron decapitados; las lágrimas de nuestro padre fueron despreciadas, y por una cobarde impostura vióse privado de aquella mano leal que peleó hasta el fin por la causa de Roma é hizo morder el polvo á sus enemigos. Por fin, yo mismo he sido inicuamente desterrado, cerráronme las puertas y, bañados los ojos en llanto, vime expulsado y reducido á implorar auxilio á los enemigos de Roma, que ahogaron su enemistad en mis lágrimas sinceras, y abrieron sus brazos para estrecharme en ellos como á un amigo. Y sabed que, proscrito como soy, he asegurado el bien de Roma á costa de mi sangre y he desviado de su seno el acero enemigo hundiéndolo en mi osado pecho. ¡Ah! Bien sabéis que no soy jactancioso. Mis cicatrices, mudas como son, pueden atestiguar que mi relato es fiel y lleno de verdad. Pero ¡basta ya! Paréceme que me desvío demasiado del asunto haciendo de mí un elogio inmerecido. ¡Oh! Perdonadme, puesto que los hombres se ensalzan ellos mismos cuando no tienen amigos que lo hagan.

(1) *Into the balcony*, en el original, refiriéndose á la galería superior del escenario shakespeariano (Confróntese MACBETH, pág. 19, nota 1).

(2) Alusión al famoso caballo de madera, gracias al cual multitud de griegos ocultos en su interior lograron penetrar dentro de la inexpugnable Troya, con la eficaz ayuda del traidor Sinón.

(3) Desde las palabras: «Sí, no sea que Roma...» hasta el fin de este parlamento, todo este pasaje se asigna á «un Godo», en el Folio I, ó á un «Señor romano», en el Cuarto I. Los editores modernos, siguiendo la acertada indicación de Malone, lo aplican á Marco.

MARCO

Ahora tócame hablar á mí. Mirad este niño *(señalando al niño moro, que está en brazos de una persona del Acompañamiento)*. Tamora le dió á luz. Engendro de un Moro impío, que fué el principal artífice y tramador de estas calamidades. Este infame está vivo en casa de Tito, condenado como está, para testificar que lo que digo es cierto. Juzgad ahora si tenía Tito razón para vengarse de tanto agravio que la lengua no acierta á expresarlos, insufribles y mayores que lo que puede soportar un ser viviente. Habéis oído ya la verdad; ¿qué decís, romanos? Si en algo hemos cometido desacierto, mostradnos en qué, y desde este sitio donde ahora nos veis, los pobres restos de los Andrónicos nos arrojaremos de cabeza y dándonos las manos, para estrellar nuestros sesos contra las duras piedras y extinguir de una vez nuestra familia. Hablad, romanos, hablad, y á vuestra indicación, ved, dándonos las manos, Lucio y yo nos precipitaremos.

EMILIO

Ven, ven, respetable romano, y conduce amablemente de la mano á nuestro Emperador, á Lucio, Emperador nuestro, pues bien sé yo que la voz del pueblo por tal le aclamará.

MARCO

¡Salve, Lucio, regio Emperador de Roma!

*(Al Acompañamiento)* Id, id á la desolada casa del anciano Tito, y arrastrad hacia aquí á ese Moro descreído, para que se le condene á una muerte horrible y cruel en castigo de su vida atrozmente abominable.

Vanse algunos del *Acompañamiento*.

LUCIO, MARCO y los demás descienden

TODOS

¡Salve, Lucio, gracioso gobernador de Roma!

LUCIO

Gracias, nobles romanos. ¡Bien quisiera yo gobernar de tal modo que llegase á curar los males de Roma y desvanecer su desdicha! Pero, amado pueblo, concédeme unos momentos de tregua, puesto que la naturaleza me impone una penosa tarea. Situaos todos á alguna distancia; pero vos, tío, acercaos para derramar fúnebres lágrimas sobre este cadáver. ¡Ay! Recibe este ardiente beso en tus pálidos y fríos labios.

*Besa á Tito.*

Caigan sobre tu ensangrentado rostro estas dolorosas gotas de llanto, último y sincero tributo de tu noble hijo.

MARCO

Lágrima por lágrima, amante beso por amante beso, tu hermano Marco ofrece á tus labios. ¡Oh! Aunque la suma de los que debo dar fuera incalculable é infinita, quisiera yo darlos.

LUCIO

*(A su hijo)* Ven acá, hijo mío; ven y aprende de nosotros á derretirte en llanto. Tu abuelo te profesaba mucho cariño. ¡Cuántas veces te hacía bailar sobre sus rodillas, y arrullaba tu sueño, haciendo de su amante pecho tu almohada! ¡Qué de historias te contaba, deleitosas y adecuadas á tu infancia! En atención á esto, pues, cual hijo afectuoso, deja caer algunas gotitas de tu tierna primavera, porque así lo exige la bondadosa naturaleza. Los amigos deben asociarse á los amigos en las tribulaciones y penalidades. Dile adiós; confíalo á la tumba; ofrécele esa muestra de cariño, y despídete de él.

EL JOVEN LUCIO

¡Oh, abuelo, abuelo mío! De todo corazón quisiera yo morir para que volvierais vos á la vida. ¡Oh, señor! El llanto no me deja hablar; las lágrimas me ahogan si despego mis labios.

Entran de nuevo algunos servidores conduciendo á AARÓN

ROMANO PRIMERO

Dad fin á vuestros pesares, tristes hijos de Andrónico. Dictad la sentencia de este execrable criminal, que ha sido el autor de estos horribles sucesos.

LUCIO

Enterradle hasta el pecho y hacedle morir de hambre (1). Que se quede allí, y grite y aulle furioso pidiendo de comer. Si alguien le socorre ó tiene lástima de él, por tal delito morirá. Esta es nuestra sentencia. Que se queden algunos para cuidar de que esté bien clavado en tierra.

AARÓN

¡Ah! ¿Por qué ha de ser muda la cólera, y callado el furor? No soy un niño para que con rastreras súplicas yo me arrepienta de los males que cometí. Diez mil aun peores que los perpetrados cometería, si pudiera yo hacer mi voluntad. Si una sola buena acción ejecuté en toda mi vida, yo me arrepiento desde el fondo de mi alma.

LUCIO

Llévense de aquí al Emperador algunos afectuosos amigos, y denle sepultura en la tumba de su padre. Mi padre y Lavinia serán depositados sin tardanza en el panteón de nuestra familia. En cuanto á esa odiosa Tamora, de entrañas de tigre, no se celebre para ella ninguna ceremonia fúnebre, nadie se vista de luto, ningún clamor de campanas suene á su entierro. Arrojadla á las bestias feroces y á las aves de rapiña. Su vida fué la de una fiera, extraña á la piedad, y por lo tanto, no la encontrará ella tampoco. Ved que se imponga el castigo á Aarón, al condenado Moro que fué el origen de nuestros desastres. Después de esto, trabajemos para restablecer el orden en el Estado, á fin de que nuevos sucesos parecidos jamás puedan labrar su ruina.

*Vanse.*

(1) En el arreglo que de esta tragedia hizo Ravenscroft durante el reinado de Jacobo II, Aarón es asado vivo en la escena. Este es uno de los nuevos horrores que dicho escritor añadió á la tragedia primitiva para impresionar más vivamente al público de aquel tiempo.

